

LA GUARDIA ESPACIAL

Clark Carrados

CIENCIA FICCION



LA GUARDIA ESPACIAL

Clark Carrados

CIENCIA FICCION





La conquista del ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

485 – Los desesperados de Xantrono, Kelltom McIntire.

486 – Más allá del infinito, *Clark Carrados*.

487 – Amor y muerte en la tercera fase, *Adam Surray*.

488 – El secreto del Dr. Tyne, *Glenn Parrish*.

489 - ¡Sargazos¡, *Curtis Garland*.

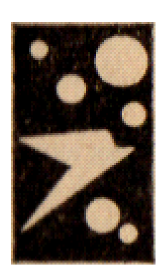
CLARK CARRADOS

LA GUARDIA ESPACIAL

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 490

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 33.727 - 1979

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: diciembre, 1979

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

En el siglo XXVIII los escasos habitantes que poblaban el planeta Tierra se vieron súbita e inesperadamente invadidos por unos seres procedentes de un lejano mundo del que no habían oído hablar jamás.

Aquellos seres, arribados en una importante flota de gigantescas naves, tenían figura humana y eran de dos clases: los que llevaban armas y los que estaban desarmados.

Los segundos eran más numerosos y a todos los terrestres les dieron la sensación de que eran esclavos. Los otros eran soldados, de uniforme rojo oscuro y facciones pétreas e impasibles. El número de los esclavos superaba al de los soldados en la proporción de cuatro a uno.

Los esclavos, se calculó posteriormente, eran unos seiscientos mil. Por tanto, los soldados eran, aproximadamente, ciento cincuenta mil;

El comandante en jefe de las fuerzas armadas, que dijo llamarse Yuggon Trim, anunció a los atónitos terrestres que a partir de ahora eran súbditos de su Muy Incomparable y Única Emperatriz, Azelia I, de Szywurz.

Yuggon dijo también que sus vidas y haciendas serían respetadas y que nadie se metería con ellos ni les obligaría a hacer cosas que no les gustasen, siempre que admitiesen su dependencia de Azelia. Hubo algunos que, no obstante, intentaron protestar por diversos métodos, pero sus protestas fueron dura e instantáneamente reprimidas, lo cual acabó muy pronto con todas las ansias de rebelión.

Extrañamente, no había una sola mujer con los invasores. Los esclavos fueron situados en grandes recintos, alejados del mayor

centro urbano de la época, la capital del planeta, y como no se mezclaban con los nativos ni tenían con ellos ninguna relación, pronto volvieron las cosas a sus antiguos cauces.

Los esclavos, por otra parte, según apreciaron los nativos, no tenían, el menor deseo de escaparse. Pudo apreciarse que trabajaban rápida, activa y eficazmente, bajo la dirección de capataces que pertenecían a la clase de los soldados, y éstos supervisados a su vez por ingenieros, que habían desarrollado planes para la construcción de una serie de edificios, fuera de la ciudad, alejados de la misma, pero lo suficientemente cerca para poder vigilarla con toda Comodidad.

Los soldados, por otra parte, se encargaron de los problemas alimentarios, de modo que los terrestres no fueron jamás molestados en este sentido. Durante dos años, los esclavos trabajaron de un modo que alguien calificó más tarde como furioso, y luego,' casi tan de repente como habían llegado, desaparecieron.

Pero los soldados permanecieron.

Los esclavos dejaron, como fruto de su trabajo, un magnífico palacio situado en lo alto de una colina, desde la que dominaba el conjunto de edificios que los habitantes de Nova Urbis, capital de la Tierra, denominaron Azelina, por el nombre de una emperatriz a la que no conocían siquiera en retrato. Había edificios administrativos, cuarteles, pequeñas fábricas y un fenomenal conjunto de construcciones de diversas formas y para diferentes usos, todo ello rodeado por una altísima muralla de más de doce metros de altura y de cuatro metros de grosor.

Azelina tenía unas dimensiones colosales. Era un cuadrilátero que medía cuatro kilómetros de ancho por casi seis de largo. Los terrestres empezaron a sospechar que aquella ciudad enquistada en el país, iba a ser el centro neurálgico de la opresión.

Y no se equivocaban mucho,

* * *

Una parte de los esclavos, dirigida por competentes ingenieros que no habían cambiado jamás una sola palabra con los indígenas, realizaron una labor muy diferente de la que hacían los demás en el lugar que luego se iba a denominar Azelina.

Cada una de las casas de los terrestres fue provista de una pantalla

de televisión. Se les dijo que por medio de dichas pantallas recibirían órdenes, instrucciones y consignas, además de, naturalmente, programas educativos y recreativos. Ello sin obstáculo de los programas propios, que no podrían coincidir con los emitidos desde Azelina o que, en caso necesario, podían ser interrumpidos para transmitir alguna noticia importante desde la capital de los invasores.

En los últimos siglos, los terrestres, además de muy escasos, se habían vuelto eminentemente pacíficos y, salvo los primeros y pocos rebeldes, los demás se resignaron a aquella situación, contra la que no podían luchar en absoluto.

Entonces fue cuando se anunció la llegada de Su Muy Incomparable y Única Emperatriz, Azelia I.

* * *

Debido a sus colosales dimensiones y a su propio peso, la nave no pudo aterrizar dentro del recinto imperial y tuvo que hacerlo en un punto situado más allá del camino entre Nova

Urbis y Azelina, de modo que, para dirigirse a la segunda, los recién llegados tenían que atravesar la capital terrestre.

Yuggon Trim, como gobernador general en nombre de Azelia, invitó a todos los terrestres a presenciar el desfile triunfal de la emperatriz. Las anchas calles de Nova Urbis se llenaron de gentes silenciosas.

Lo primero que vieron los terrestres fue un grupo de soldados, enteramente vestidos de negro, de cabeza a los pies, algo así como un batallón, desfilando con pausado ritmo, los fusiles al hombro, la barbilla levantada y la vista al frente.

Seguía a continuación un colosal palanquín, soportado por doscientos cuarenta hombres vestidos de negro. Sobre el palanquín había otro, una especie de estrado, abundante en grandes pieles exóticas y en metales dorados, reclinada en el cual se hallaba una hermosísima mujer.

Era Azelia, y su vista hizo que los terrestres, unánimemente, prorrumpirán en grandes aplausos.

Azelia aparentaba unos veinticinco años, tenía el pelo intensamente

negro y poseía una figura perfecta, realzada por el majestuoso manto púrpura y armiño. Sobre su cabeza llevaba una enorme corona de oro y pedrería y, en la mano derecha, el cetro, insignia de su supremo rango. El torso estaba cubierto con un peto, También de oro y piedras preciosas, a modo de coraza, con los abombamientos necesarios para los que se suponían bellos senos. A partir de la cintura, vestía una larga falda de color blanco, por debajo de la cual asomaban unos zapatitos del mismo color, adornados con hebillas de brillantes.

Detrás del colosal palanquín, desfilaron nueve bloques más de soldados vestidos de negro. Se calculó que cada bloque estaba compuesto por mil hombres y, como en total había diez, eran diez mil, por tanto, los componentes de la guardia personal de Azelia que, casi de inmediato, recibió un nombre enteramente adecuado a la ocasión: la guardia espacial.

Azelia y su guardia atravesaron Nova Urbis y se encaminaron hacia Azelina.

A partir de aquel día, empezaron a ocurrir cosas raras en la Tierra.

Corrió detrás de aquel bichito de dos patas, que contrastaba enérgicamente, lo alcanzó, le retorció e! cuello y luego lo desplumó y destripó rápida y hábilmente. A continuación, Kurt Dell encendió un buen fuego y asó el pollo, contemplando expectantemente por sus fieles perros, «Tim» y «Dora», que sacaban frecuentemente la lengua, como relamiéndose por anticipado con el banquete que iban a darse con los huesos de la víctima.

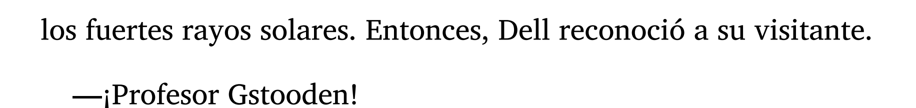
Mientras el pollo daba vueltas en el asador, movido por una pequeña pila, Dell preparó la mesa: ensalada, frutas, una botella que contenía un líquido brillante, de color rojo, y pan que había sacado de su propio horno aquella misma mañana. La mesa estaba puesta a la sombra de un gran parral, abundante en grandes racimos, parte de los cuales iban a constituir el postre en el banquete.

Cuando estaba a punto de llevar el pollo a la mesa, vio venir a lo lejos una motocicleta aérea.

Dell torció el gesto. Los perros ladraron.

—¿Quién diablos será el inoportuno...?

La aeromoto tomó tierra a los pocos momentos, en el patio delantero de la casa. Un hombre se apeó de ella y se quitó el casco con visera oscura y transparente necesario para proteger la vista de


los fuertes rayos solares. Entonces, Dell reconoció a su visitante.

—¡Profesor Gstooden!

El recién llegado avanzó hacia Dell.

—Hola, Kurt —saludó—. ¿Puedo hablar contigo?

Dell vaciló un instante. Tiempo atrás, se habían producido serios roces entre los dos hombres, lo cual había motivado el retiro de' Del! a aquellos parajes. Pero, tras algunos segundos de reflexión, Dell pensó que ya habían pasado años desde entonces y que no valía la pena seguir alimentando el fuego de la enemistad.

—Claro, profesor —sonrió, a la vez que estrechaba la mano de su visitante—. Todo lo que usted quiera y, además, me sentiré satisfecho de que me acompañe a la mesa.

Gstooden olfateó fuertemente.

—¿Qué olor tan repugnante es éste? —exclamó.

—Pollo asado, profesor —sonrió Dell—. Capturado hace un par de horas y a punto de ser devorado. Vamos, siéntese, pondré un cubierto más.

—¡Ni lo sueñes! No comería esa cosa tan horrible por todo el oro del mundo.

Dell se encogió de hombros.

—Al menos, me aceptará una copa de vino. Procede de mis propias viñas y...

Gstooden se tapó la cara con las manos.

— ¡Vino! —exclamó, horripilado al oír aquella palabra.

—Y frutas naturales y vegetales como lechuga, pepinos, apio, rábanos y otros —rió Dell—. Vamos, ¿no se siente con ánimos para acompañarnos?

—Me... me conformaré con un vaso de agua clara, Kurt.

Dell hizo una mueca.

—A su gusto —contestó. Entró en la casa y salió con un cántaro de

barro rezumante y un vaso en las manos—. Sírvase a su gusto, profesor; mientras, yo iré comiendo.

—Sí, pero me sentaré de espaldas... No podría soportarlo... y si no fuese por el asunto tan urgente que me ha traído aquí, me marcharía inmediatamente.

—Profesor, temo que su exceso de civilización es tan nocivo como la falta de la misma que existía en tiempos del Hombre de Neanderthal —dijo el joven sentenciosamente— Haga un esfuerzo y míreme.

Gstooden volvió la cabeza.

—Aquí me tiene —añadió Dell—, Fuerte, saludable, con la fuerza de un toro y la piel agradablemente tostada. Usted parece un pez muerto. ¿Le explico los motivos?

—Los conozco —dijo Gstooden tensamente—. Pero eso mismo permite unas expectativas de vida media, de casi doscientos cuarenta años...

—Y se pasa si esos dos siglos y pico comiendo bazofias: proteínas, hidratos de carbono, lípidos y otras porquerías, cuidadosamente elaboradas, absolutamente aseptizadas y con el mismo gusto que el serrín de corteza de alcornoque. Tres veces al día ingieren una horrible pastilla, para consumir la cual 110 se requiere el menor esfuerzo mandibular, y en eso consiste su sistema alimentario. No, doctor, no me hará creer que ese método es mejor que el mío. ¿Usted gusta?

Dell separó un crujiente muslo de polio y empezó a devorarlo con fruición. Gstooden volvió la cabeza, conteniendo difícilmente las arcadas que agitaban su estómago.

—Pareces un caníbal...

—Profesor, creo que vino a decirme algo —habló el joven con la boca llena—. ¿De qué se trata?

Gstooden puso agua en el vaso y tomó un sorbo. De pronto, lanzó una exclamación:

— ¡Kurt, apostaría algo a que el agua no está purificada!

Dell estaba troceando el pollo con la ayuda de un cuchillo y un

tenedor.

—Está tal cual sale de mi pozo, en el que hay un manantial en el fondo. Es completamente pura...

—¡Por el amor de Dios! ¡Eso puede matarte! —chilló Gstooden.

Dell se echó a reír.

—Hace cuatro años que la bebo. ¿Estoy muerto?

Hubo un momento de silencio. Luego, Gstooden meneó la cabeza.

—Siempre fuiste un rebelde. Quizá por eso mismo estoy aquí, porque creo que eres el hombre adecuado.

-—¿Para qué, profesor, si puede saberse?

—Antes de seguir adelante, te preguntaré algo: ¿conoces las últimas noticias de Azelina?

—No, ni me interesan en absoluto contestó Dell, ahora con una hermosa y dorada pechuga en el tenedor—. ¿Qué pasa en Azelina?

—Empezó hace ya un año largo, a las dos semanas de la llegada de Azelia. De esta sí estás enterado, supongo.

—¡Oh, sí!, de cuando en cuando, voy a Nova Urbis... Pero no me interesan los problemas de esa ciudad de maniáticos de la asepsia. ¿Qué pasa con Azelia, profesor?

—Cada semana llama a un hombre a su palacio. Se sabe que lo toma como amante y que, al finalizar la semana, ese hombre, siempre joven y robusto, es asesinado.

Dell silbó.

—En tiempos, a las mujeres como Azelia se les llamaba vampiresas -—dijo—. ¿Seguro que son asesinados?

—Si antes no han muerto por... agotamiento.

—No cabe la menor duda —rió el joven—. Es una vampiresa. Pero, eso, ¿qué tiene que ver con su visita?

—Escucha y lo sabrás.

Gstooden habló largo y tendido. Al terminar, Dell meneó la cabeza vigorosamente.

—¡No! —contestó con firme acento—. Ni lo sueñe siquiera, profesor.

—Pero…

Dell llenó un vaso de vino y lo levantó.

—¡A la salud de Azelia y de sus felices amantes! —brindó cínicamente.

CAPITULO II

El hombre se derrumbó a un lado, completamente' agotado, con la cara oculta entre las manos.

—Por favor..., basta... No puedo más...

Azelia, hermosa, incomparablemente bella en su magnífica desnudez, lo miró despreciativamente.

—Otro igual que los anteriores —exclamó, furiosa—. Pero ¿qué hay en este maldito planeta? ¿Hombres o muñecos de carne y hueso?

Vaciló unos instantes, se puso en pie y buscó una bata de espeso tejido rojo, con la que cubrió su esbelta figura. Luego se acercó a la pared y tocó un timbre.

Un individuo de rostro pétreo apareció a los pocos momentos.

—¿Majestad?

Azelia hizo un gesto en dirección al individuo que aparecía caído en el suelo, al pie del enorme lecho cubierto de pieles y sedas.

—Llévatelo, Likkod —ordenó.

—¿como los demás, Majestad?

—Sí.

—Sí, señora. ¿He de buscar otro?

Azelia vaciló unos segundos.

—Likkod, dime —habló por fin—. ¿Es que no hay más hombres que en Nova Urbis? ¿No hay más terrestres en otros núcleos de población? Quizá éstos pertenezcan a una raza de características más débiles, ¿no te parece?

—En efecto, hay más terrestres en distintos puntos del planeta, pero están muy diseminados en núcleos muy pequeños y, en su inmensa mayoría, en estado salvaje. Cuando decidiste conquistar la Tierra, elegimos Nova Urbis precisamente por ser el foco de civilización más avanzada del planeta.

—Puede que sean los más civilizados, pero tienen muy poco de fuertes —Azelia señaló desdeñosamente al hombre que seguía en la misma postura—. Ya ves, cinco días, de los cuales han sobrado tres... y no sirve absolutamente para nada.

—Majestad, lo único que puedo hacer es explorar constantemente y buscar algún ejemplar que resulte ser el adecuado a tus propósitos —contestó Likkod.

Azelia suspiró.

—Son absolutamente sanos y tienen unas perspectivas de vida de casi dos siglos y medio. Pero en otro sentido, son débiles como chiquillos de pocos meses. Está bien, Likkod, llévatelo y busca otro.

Likkod se inclinó.

—Sí, señora.

Acercándose al caído, le arrojó encima una capa de tela roja. Luego se lo llevó debajo del brazo, con la mayor facilidad del mundo, como si fuese un bulto relleno de paja.

Otro hombre entró en la cámara a los pocos momentos.

—Majestad —saludó humildemente.

Azelia estaba en pie, picoteando granos de uva de un racimo situado en un enorme frutero.

—¿Alguna novedad, mariscal Trim? —preguntó.

—Señora, hemos detectado ciertos síntomas de rebeldía —dijo el visitante.

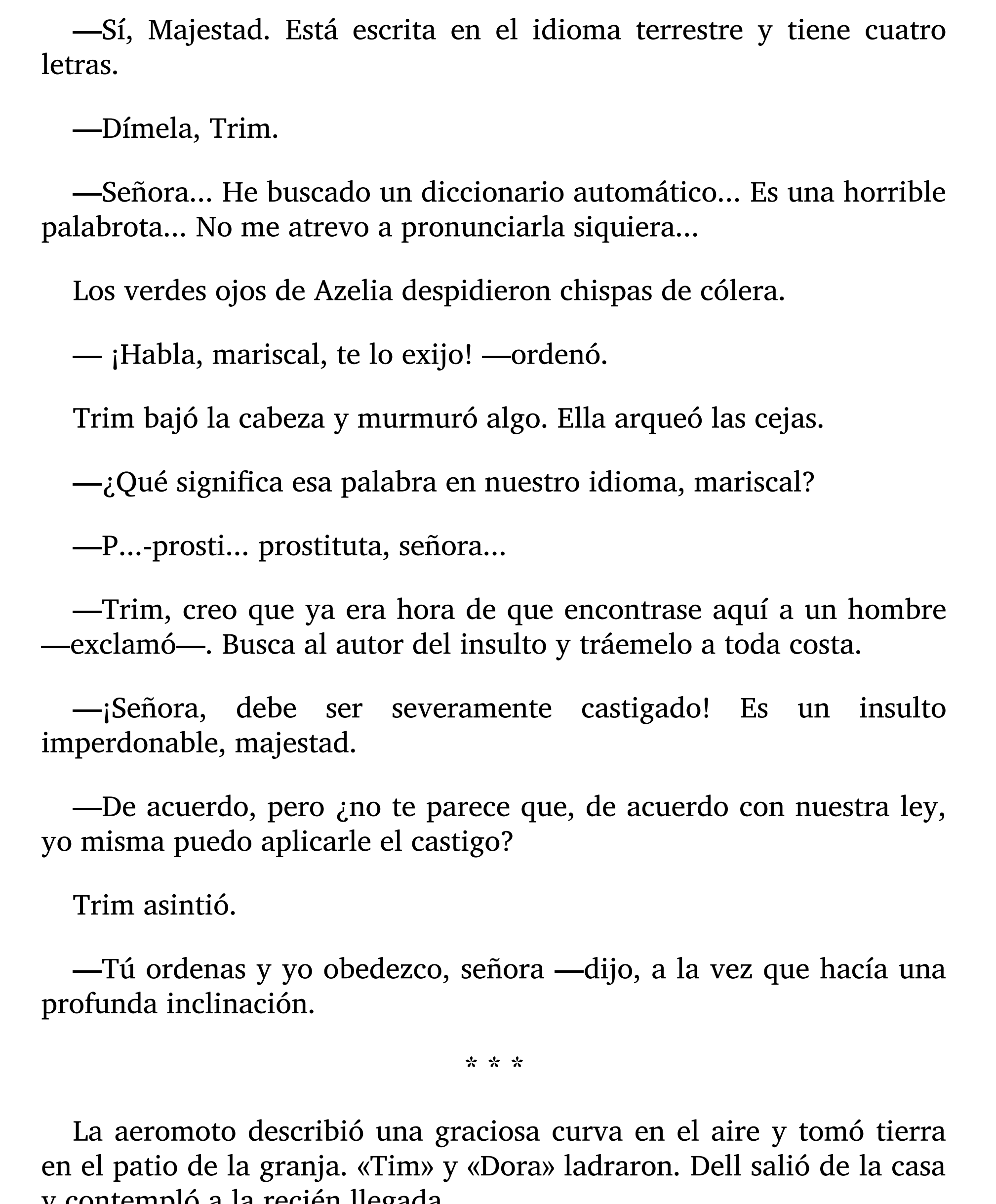
—¿Cuáles, por favor?

—Bien, en tu retrato, el que instalarnos en el centro de la plaza mayor de Nova Urbis... Lo recuerdas, supongo.

—Sí, mariscal, ¿y...?

—Debajo del retrato, en el pedestal, alguien ha escrito una palabra, con pintura negra.

—¿Una palabra?



—Sí, Majestad. Está escrita en el idioma terrestre y tiene cuatro letras.

—Dímela, Trim.

—Señora… He buscado un diccionario automático… Es una horrible palabrota… No me atrevo a pronunciarla siquiera…

Los verdes ojos de Azelia despidieron chispas de cólera.

— ¡Habla, mariscal, te lo exijo! —ordenó.

Trim bajó la cabeza y murmuró algo. Ella arqueó las cejas.

—¿Qué significa esa palabra en nuestro idioma, mariscal?

—P…-prosti… prostituta, señora…

—Trim, creo que ya era hora de que encontrase aquí a un hombre —exclamó—. Busca al autor del insulto y tráemelo a toda costa.

—¡Señora, debe ser severamente castigado! Es un insulto imperdonable, majestad.

—De acuerdo, pero ¿no te parece que, de acuerdo con nuestra ley, yo misma puedo aplicarle el castigo?

Trim asintió.

—Tú ordenas y yo obedezco, señora —dijo, a la vez que hacía una profunda inclinación.

* * *

La aeromoto describió una graciosa curva en el aire y tomó tierra en el patio de la granja. «Tim» y «Dora» ladraron. Dell salió de la casa y contempló a la recién llegada.

—¡Hola! —saludó ella alegremente—. Soy Ina Sylar. Supongo que tú eres Kurt Dell.

—En efecto —contestó el aludido—. ¿Quieres pasar? Desayunarás conmigo, Ina. ¡Ah!, no temas a los perros; son muy mansos, aunque ladren como fieras.

Ina sonrió. Era una muchacha de poco más de veinte años-, alta, de pelo castaño y ojos de color marrón muy claro, con una figura muy

agradable de contemplar, la mayoría de cuyos detalles podían apreciarse, merced a la brevedad del traje que vestía: una especie de chaleco corto, sujeto bajo los senos redondos y firmes, y pantalones cortos y ajustados a ¡as caderas netamente femeninas.

—¿Qué desayunas, Kurt?

—Pan tostado, con mantequilla, huevos, leche y café.

!Ah!, y antes, zumo de naranja. Iba a empezar ahora mismo. Si no tienes asco de unos alimentos completamente naturales...

Ina meneó la cabeza.

—No sé qué decirte —contestó—. Estoy acostumbrada a otra clase de dieta.

—Sí, claro, la que se estila en Nova Urbis y que decidieron unos cuantos dictadores sanitarios. Es muy buena, pero se les olvidó una cosa.

—¿Qué, Kurt?

—El hombre necesita ejercitar las mandíbulas y necesita bulto en los intestinos. La vida se ha alargado enormemente, pero los dentistas y los especialistas en el aparato digestivo tienen un trabajo enorme.

—Eso sí es cierto —convino Ina, a la vez que se sentaba ante una mesa bien provista—. Yo misma siento ciertos trastornos...

—También los intestinos necesitan hacer cierto ejercicio —contestó él, a la vez que llenaba un vaso de zumo de naranja—. Una alimentación concentrada, puede resultar conveniente una temporada, pero no toda la vida ni en todas las generaciones. El hombre necesita masticar... Io que sea. Carne, manzanas, verduras, pan...-

—Entonces,' por eso abandonaste tu puesto en el laboratorio de Gstooden.

—No se pueden desechar los avances de la civilización, porque no es conveniente, pero tampoco conviene romper absolutamente con el pasado —dijo Dell sentenciosamente, mientras untaba de mantequilla una tostada—. Ya ves, yo tengo aquí algunas máquinas que me sirven para cultivar la tierra, dispongo de un gran frigorífico... En fin, no he roto por completo con la civilización, pero, en otro sentido, vivo

como un hombre primitivo.

»Cultivo mis tierras y recolecto trigo, patatas, frutas, verduras; tengo un corral con aves domésticas, que me dan carne y huevos; tengo también vacas, corderos, que me proporcionan leche, carne y pieles y lana para tejidos.,. Mírame y mírate a ti misma. Compara tu aspecto con el mío y saca tus propias consecuencias.

Ina asintió.

—Creo que tienes una gran parte de razón —dijo.

—En Nova Urbis se vive una existencia absolutamente reglamentaria. Todo es fácil, nada se consigue con dificultad. A cambio de ello, hay que obedecer una serie de normas que, al menos para mí, resultaron abrumadoras.

—Empiezo a sospechar que supiste ver el lado bueno de la vida, Kurt —sonrió la muchacha.

—Me acuesto con las gallinas, bueno, ellas en su gallinero —rió el joven—. Y me levanto antes de que salga el sol. Duermo ocho horas de un tirón, sin necesidad de pastillas, aunque bien es cierto que suelo echarme una siestecita después de mediodía. Pero sólo de media hora, no más.

—En resumen, una vida paradisíaca.

—No, porque en el Paraíso se vive sin trabajar.

Ina miró a su alrededor.

—No tienes radio ni televisión... ¿Con qué te distraes en tus momentos de descanso?

Dell se levantó y cogió algo del aparador. Ina se sorprendió al oír los delicados sonidos que brotaban de aquel tubo delgado, con algunos orificios.

—Toco la flauta... y a veces, me tiendo en la hamaca que he instalado entre dos árboles, me pongo un sombrero sobre la cara y...

Dell sonrió brillantemente.

—La verdad, no tengo muchos momentos de ocio —añadió—. Hay trabajo, Ina. Pero la flauta alivia mi descanso.

La dejó a un lado y volvió a sentarse.

—Vamos, mujer, dale a los huevos. Son frescos, de ayer —exclamó jovialmente.

Ina contempló su plato. Tímidamente, mojó un poco de pan en la yema y se lo llevó a la boca.

Masticó con lentitud, como si tuviera miedo de que se le fueran a desprender los dientes. Luego, de pronto, sonrió y atacó con decisión el contenido del plato.

¡—Magnífico! —alabó sinceramente.

Dell sonrió. Cuando terminaron el desayuno, entrelazó los dedos de sus manos y miró fijamente a la muchacha.

—Ina, ¿por qué estás aquí? —preguntó.

* * *

Hubo una corta pausa. Luego, ella, lentamente, dijo:

—Me envía Gstooden, Kurt.

—Ese viejo cascarrabias, ¿eh?

—No es tan viejo. Sólo tiene cierno dos años, Kurt —protestó Ina.

—Bueno, era una frase. ¿Qué quiere?

—Yo soy un personaje secundario en su grupo de investigación. Pero creyó que era la persona adecuada para hablar comido.

—Desde luego, me gustas más que él —dijo Dell desenfadadamente. Y, de súbito, añadió—: ¿Cuántos años tienes?

—Veintidós.

—Respiro —sonrió el joven—. Una vez conocí a una mujer guapísima. Casi me enamoré de ella, pero eché a correr al saber que tenía ochenta y siete años.

Ina sonrió, halagada.

—El profesor quiere que te fijes en una cosa que se le olvidó el otro día.

—¿De qué se trata?

—Todos los invasores son hombres, excepto Azelia.

—Sí, eso es lo raro. Aunque hasta ahora, debo admitirlo, no me han molestado en absoluto. ¿Algo más, Ina?

—Si tiene tantos hombres a su disposición, ¿por qué elige precisamente a los terrestres?

Dell hizo un gesto ambiguo.

—No lo sé —contestó—. Ni se me alcanza ni, dicho sea con franqueza, me importa demasiado. ¿Eso es todo?

Ina guardó silencio unos instantes. A Dell le pareció que no se atrevía a seguir hablando.

—Vamos —la apremió—, ¿Tienes que decirme algo?

Ella hizo un gesto afirmativo.

—Sí —contestó—. El profesor quiere que te ofrezcas voluntariamente para ser el amante de Azelia.

CAPITULO III

El hombre se acercó subrepticiamente al enorme cubo de granito, que soportaba el retrato de Azelia, reproducida a un tamaño cinco veces superior al natural, ataviada con los majestuosos símbolos de su rango, y sacó del interior de su blusa un objeto de forma cilíndrica. Antes de que pudiera presionar la válvula del pulverizador, varios individuos de uniforme negro cayeron sobre él.

Deny Lorran luchó desesperadamente, pero el número acabó por vencerle. Cuando se dio cuenta de la inminencia de su derrota, hizo su último esfuerzo.

Entonces, advirtió algo que hasta aquel momento le había pasado desapercibido. La sorpresa lo dejó totalmente paralizado.

Pero su inmovilidad coincidió exactamente con los esfuerzos en sentido contrario de uno de sus captores, cuyo puño se abatió sobre la cabeza de Lorran. Los huesos del cráneo chasquearon horriblemente y el rebelde cayó fulminado.

A la mañana siguiente, Yuggon Trim entró en la cámara de Azelia.

—¿Qué pasa, mariscal? —preguntó ella.

—Malas noticias, señora.

Azelia frunció los labios,

—¿Algún acto de sublevación?

—Por ahora, no; pero los guardias que sorprendieron al rebelde cometieron un error. Es disculpable, en cierto modo, ya que no estaban acostumbrados a este género de conflictos...

-—Mariscal, no des rodeos —dijo ella, impaciente—. Habla de una vez. ¿Qué ha pasado?

—El rebelde se resistió. Uno de los guardias le golpeó demasiado fuerte y le hundió el cráneo. Luego, su cadáver fue abandonado junto al pedestal y, naturalmente, así apareció esta mañana. Los nativos parecían muy furiosos, señora.

—Fue un error, en efecto —concordó Azelia—. ¿Es seguro que se trataba del culpable de la inscripción anterior?

—Sí, señora; se le encontró a punto de escribirla de nuevo, ya que habíamos borrado la anterior. Tenía un frasco de pulverizador de pintura negra y no se le dio tiempo a utilizarlo.

—Mariscal, es preciso corregir el error —dijo ella.

—¿Cómo, señora?

—Debes enviar a alguien a visitar la familia de la víctima. Presentará sus condolencias en mi nombre. Que sea oficial de alta graduación, ¿entendido?

Trim respingó.

—Pero, señora, ¡era un rebelde!

—Aun así, es preciso hacer lo que ordeno, mariscal. La muerte del rebelde es un acto que no se debe repetir.

—Tu autoridad ha sido cuestionada, señora.

—Lo sé. Pero, por ahora, prefiero mostrarme benevolente. Más adelante, si los casos de rebeldía se reprodujeran, tomaríamos otras medidas. ¿Me has entendido, mariscal?

Trim se inclinó.

—Soy tu servidor, señora —respondió.

Cuando llegó a Nova Urbis, en su aeromoto, Dell se encontró con un espectáculo inesperado.

Seis hombres llevaban un féretro y eran seguidos por una impresionante multitud, de ambos sexos, que desfilaban en el más completo silencio. Dell se asombró del espectáculo, puesto que no recordaba haber visto jamás una cosa parecida.

Cuando alguien fallecía, sólo sus deudos y, acaso, algún amigo íntimo, acompañaban sus restos al lugar donde debían descansar definitivamente. Se estimaba que la muerte era, aparte de lamentable, un acto completamente privado y sólo en casos muy excepcionales asistía alguien que no era de la familia o, en todo caso, gran amigo del difunto. Pero ahora, aquel muerto parecía tener miles de amigos.

Dell se dirigía a un guardia terrestre.

—¿Qué pasa, agente? —preguntó.

El hombre le miró con visible repugnancia. Las ropas de Dell indicaban sobradamente cuál era su posición actual.

—Eres un inadaptado —dijo.

—Bueno, ¿y qué? No es ninguna deshonra, supongo —contestó el joven malhumoradamente.

—Te negaste a acatar las leyes comunes, para vivir insolidariamente como un salvaje, ¿verdad?

Dell empezó a impacientarse.

—No es ningún delito. Las leyes me permiten vivir como más me guste y tú no eres quién para reprocharme mis preferencias. Estás aquí para servir al público, no para quejarse de un comportamiento determinado, que no quebranta ninguna norma legal.

El guardia chasqueó los dedos.

—Largo —ordenó.

Dell le sacó la lengua.

—Estás comportándote como uno de los invasores —exclamó ofensivamente.

La respuesta del guardia resultó de una contundencia inapelable. Dell vio venir hacia sí un enorme puño y divisó todas las estrellas de! universo. Pero aquel chisporroteo policromo que había aparecido ente sus ojos se apagó casi instantáneamente.

* * *

La puerta de la celda se abrió. Dell, con un paño mojado en la cara miró por encima del tejido a la joven que había aparecido en la entrada.

—Estás libre —anunció Ina.

Dell lanzó el paño a un lado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. Dijeron que iban a ponerme una fuerte multa...

—El profesor ha pagado la fianza. Pasado mañana irás a juicio.

Dell se sublevó.

—¡Maldita sea! ¿Por qué? No he cometido un delito. Aquel guardia me insultó miserablemente. Ni siquiera alcé la mano contra él.

—Ha dicho que intentaste atacarle y tuvo que defenderse. De no haber sido por el profesor, seguirías aún en prisión. ¿Quieres acompañarme?

Dell miró oblicuamente a la muchacha.

—No quiero ir a ver a Gstooden —dijo.

—Sólo quiero que .salgas de aquí —manifestó Ina.

—Ya —sonrió él sarcásticamente—. Gstooden quiere adularme, a fin de que acceda a sus pretensiones, ¿no es así?

Ina titubeó.

—La verdad es que el profesor tiene un interés científico en el asunto —contestó.

—Bueno, entonces, ¿por qué no se presenta él? A sus ciento dos años, aún está fuerte...

—Lo intentó. Azelia rechazó su ofrecimiento. Exige hombres de edad comprendida entre los veinte y treinta y cinco años.

—Y como yo tengo treinta y uno...

Hubo un momento de silencio. Dell tenía los ojos clavados en el rostro de la muchacha.

—Ina, dime una cosa.

—Sí, Kurt.

—Personalmente, ¿cuál es tu opinión... imparcial?

—No me gusta —respondió ella—. Pero hay que hacerlo.

—Sí, ¿eh? Bueno, que lo haga otro; conmigo que no cuenten.

Dell echó a andar hacia la salida. Ina se le emparejó en el acto.

—Personalmente, te felicito por tu decisión —murmuró en voz

baja.

—Gracias, hermosa. Saluda a Dell cuando lo veas, ¿quieres?

Llegaron a la calle, después de los trámites reglamentarios. Entonces, Dell se volvió hacia la chica.

—Dime, Ina, ¿crees que Azelia hace asesinar a sus amantes, después de haber gozado con ellos?

Ina asintió con repetidos movimientos de cabeza.

—Sí, eso es lo que creo —respondió.

—Pues como siga siendo muchos años emperatriz de la Tierra, no vamos a quedar ningún varón para contarlo —dijo Dell sarcásticamente.

* * *

Maldiciendo su perra suerte, Dell terminó los últimos trabajos del día en la granja y se dispuso a preparar la cena. Al otro día, a las dos de la tarde, debería presentarse ante un juez para responder de un delito que no había cometido. Si su juzgador se levantaba de mal talante, podía recibir una dura sentencia. Las perspectivas no tenían nada de agradables, reconoció, mientras arrimaba la cafetera al fuego.

Los perros ladraron de pronto en el exterior, a la vez que se oía una voz atronadora:

— ¡Ah de la casa! ¿Hay un poco de estofado a cambio de una buena piel de oso?

Dell se volvió en el acto.

—¡Orris! ¡Orris Shattoo! —gritó jubilosamente, a la vez que echaba a correr hacia la puerta.

El recién llegado era un auténtico gigante. Medía más de dos metros y pesaba ciento diez kilos. Su característica principal, aparte de una fuerza hercúlea, era su abundante pelambrera rojiza, que le daba el aspecto de un hombre de las cavernas.

Detrás de Shattoo, Dell divisó una recua de cuatro muías, pesadamente cargadas. El joven sonrió:

—Una expedición fructífera, me parece —dijo, a la vez que

alargaba su mano hacia la del recién llegado.

—Así es —confirmó el trampero—. Cuatro osos, diez nutrias, doce zorros plateados, un par de leopardos… Kurt, viejo amigo, estoy muerto de hambre —añadió.

Dell agitó una mano.

—Ocúpate de las acémilas —dijo—. Yo me ocuparé de ti, Orris.

—Está bien.

Los perros saltaban alegremente en torno al recién llegado. Shattoo les hizo unas cuantas caricias y luego se acercó a las muías, para descargarlas de los fardos de pieles y atenderlas debidamente.

Media hora después, se sentaba ante la mesa, en la que, sobre una bandeja de gran tamaño, se veía medio cordero asado. Shattoo atacó la cena con ferocidad. Dell le contemplaba sonriendo.

—Eres de los míos —dijo—. No te gusta la vida reglamentada de Nova Urbis.

Shattoo hizo una mueca.

—No me quedaría a vivir en Nova Urbis, ni aunque me lo pagasen a peso de oro y me ofrecieran alimentarme de los más selectos manjares durante el resto de mis días y me proporcionasen, además, las mujeres más bellas del planeta. A ti te gusta la vida de granjero y a mí me gusta cazar y cobrar pieles, eso es todo.

—Tienes razón —sonrió Dell—. Estoy de acuerdo contigo, Orris. ¿Un poco más de vino?

—Gracias. Oye, ¿cómo van las cosas por Nova Urbis? Si no te importa, pasaré la noche aquí; he cubierto una jornada muy larga y las muías y yo estamos cansados. Mañana iré allí, a casa de una buena amiga mía… —Le guiñó un ojo—. ¿Has oído hablar de Angela Vrynter?

—Me parece…

—Le daré una piel de leopardo. Sabrá pagármela bien, no te quepa la menor duda —dijo Shattoo maliciosamente—, Pero aún no has contestado a mi pregunta. ¿Qué hay en la capital? ¿Sabes algo?

Dell torció el gesto.

—Mañana me juzgan, por insultar a un guardia —contestó.

—¡Rayos! —juró el cazador—, ¿Tú, Kurt?

—Es mentira, pero no *sé* cómo podré demostrarlo... El tipo se sulfuró... No sé qué diablos pasa, Orris; en Nova Urbis todo el mundo está muy nervioso... Ese guardia, por ejemplo, se portó como si perteneciese a la guardia espacial.

—Pero era terrestre.

—Sí, ése es el caso. Y lo peor de todo es que no puedo eludir el juicio.

—Escucha, Kurt —dijo el cazador—. Permíteme un consejo...

Dell parpadeó al escuchar a su amigo.

—No es mala idea —contestó, meditabundo.

—Tienes derecho a ello. Hazlo —dijo Shattoo, rotundo

—Muy bien... —De pronto, Dell estudió a su amigo durante unos instantes—, Orris, ¿cómo te consideras físicamente? —preguntó al cabo.

Shattoo lanzó una atronadora carcajada, a la vez que flexionaba el brazo izquierdo, para mostrar sus bíceps.

—¡Mira! ¡Fuerte como un elefante! —exclamó.

—Eso ya lo veo. Yo lo preguntaba en... en otro sentido...

Shattoo sonrió de un modo peculiar.

—En plena forma —contestó, a la vez que guiñaba un ojo.

Dell sonrió.

—Orris, ¿conoces a Azelia? —preguntó.

—Sólo en efigie. Pero es una mujer fantásticamente bella —respondió el cazador.


CAPITULO IV

El juez Erdwig miró atravesadamente al hombre que tenía frente a su estrado.

—Se te acusa de insociabilidad, individualismo, rebeldía a las leyes comunes y agresión a un representante de la ley —dijo—. ¿Cuál es tu respuesta, Kurt Dell?

—Inocente del último cargo, Señoría —dijo Dell—. En cuanto a los anteriores, no están penados por ninguna ley.

—Es cierto —admitió el juez—. Sin embargo, las normas tradicionales exigen solidaridad y convivencia. Todo individuo debe colaborar en el bien general de la comunidad, cosa que hiciste, pero que luego dejaste de hacer, para vivir poco menos que como un salvaje, utilizando alimentos infectos y hurtando tu esfuerzo al de los demás ciudadanos. No es delito, pero se te puede reprochar.

Dell se encogió de hombros.

—No me importa —contestó—. Señoría, el género de vida a que hemos llegado me resulta absolutamente insoportable. Todo está completamente planificado y al individuo se le guía desde su más tierna infancia, sin concederle la menor iniciativa...

—El acusado no está aquí para formular inadecuadas protestas contra un régimen que ha probado sobradamente su eficacia y su bondad —cortó Erdwig secamente—. Se te ha convocado para defenderte de la acusación de agresión a un representante de la ley. ¿Qué contestas: inocente o culpable?

—Inocente, Señoría —dijo Dell, mordiéndose los labios de furia.

Erdwig se volvió hacia el policía.

—¿Qué dices tú, acusador?

—Culpable, Señoría.

—Gracias. No es necesario seguir hablando más. Ahora pronunciaré mi sentencia...

Dell alzó la mano.

—Señoría, pido la prueba de la máquina de la verdad —dijo.

Hubo un instante de silencio. Luego, Erdwig, lentamente, meneó la cabeza.

—Prueba denegada —contestó—. *Yo* creo que la acusación es cierta. Por tanto, te condeno a seis meses de encierro y reflexión, durante los cuales sólo podrás tener libros de leyes actuales y alimentarte con la comida común a todos los ciudadanos. Esa es mi sentencia y se aplicará inmediatamente. ¡Caso fallado! —terminó Erdwig rotundamente.

Dell lanzó un agudo chillido.

—¡Sois peores que los invasores! —bramó—. Atajo de dictadores, mentes envenenadas por un odioso absolutismo...

— ¡Guardias, llévense al acusado! —gritó el juez.

Dos hombres uniformados se acercaron a! joven. Dell, perdidos los estribos, atacó a puñetazos.

Era fuerte. La vida al aire libre había desarrollado sus músculos. Los guardias cayeron sucesivamente con los pies por alto.

El acusador quiso atacarle, pero esta vez Dell estaba prevenido y lo derribó con un tremendo uno-dos de efectos devastadores. Detrás de su mesa, Erdwig contemplaba la escena con ojos incrédulos.

De repente, Dell corrió hacia el estrado y llegó a la mesa, a la que se encaramó de un salto. El juez, aterrado, se escondió debajo, temeroso de ser atacado por aquel individuo que parecía haber perdido el juicio.

Pero lo que menos quería Dell en aquellos momentos era atacar a nadie más. Siguiendo el impulso adquirido, dio un tremendo salto hacia adelante, a la vez que volteaba en el aire. Lanzado con terrible ímpetu, atravesó la cristalera que había tras el estrado, produciendo un ruido ensordecedor, y cayó de pie en el blando césped del jardín que rodeaba el edificio.

Detrás de él se había producido una tremenda algarabía. Sin hacer caso de los gritos y denuestos que se le dirigían, corrió durante unos momentos, completamente indeciso. De pronto, divisó a un policía que se apeaba de su aeromoto, frente al caserón.

El guardia rodó por fierra, antes de enterarse de lo que sucedía, merced al tremendo empellón que Dell le propinó con el hombro

izquierdo. Acto seguido, Del! cabalgó sobre la aeromoto y pisó con todas sus fuerzas el pedal de acelerador, a la vez que tiraba hacia sí del manillar, para conseguir que el aparato se elevase en el aire.

La tierra se alejó velocísimamente, pero la aeromoto se estabilizó a los pocos instantes a treinta metros de altura, cota máxima a la que podían llegar tales aparatos, ideados con estas características a fin de facilitar el tránsito. Dell sintió en la cara el rugido del viento desplazado por la marcha. Durante unos minutos, voló sin rumbo, procurando únicamente alejarse del lugar en donde había sido condenado a una sentencia que estimaba injusta.

De repente, se encontró volando muy próximo a un conjunto de edificaciones, rodeado por una altísima tapia. Tardíamente advirtió que acababa de franquear los límites de la ciudadela donde moraba la emperatriz.

Debajo de él, los hombres de la guardia espacial corrieron alocados, nerviosos y desconcertados por la irrupción de un intruso en el recinto. Dell empezó a pensar en -que lo mejor era alejarse de allí lo más rápido posible.

Pero antes de que pudiera poner en práctica su idea, alguien 'disparó un extraño proyectil, con un fusil de forma no menos extraña. Dell vio ascender hacia él lo que parecía un cordón de goma elástica y trató de esquivarlo, pero no lo pudo conseguir.

El cabo se fijó en la parte delantera de la aeromoto y frenó instantáneamente su marcha. Dell, sorprendido por el inesperado parón, salió disparado hacia adelante, como si un caballo enfurecido lo hubiese arrojado por encima de las orejas.

Volteando aparatosamente, empezó a caer. «Ahora me haré tortilla contra el suelo», pensó, en una fracción de segundo.

Pero lo que encontró al final de su volteante trayectoria fue el agua de una enorme piscina. E! impacto de su cuerpo levantó una tremenda explosión de espuma. Al emerger, un tanto aturdido, nadó por instinto hacia el borde.

Entonces, varios cabos7 más fueron disparados hacia su cuerpo y lo inmovilizaron por completo. Todavía con ojos turbios, Del! contempló los rostros inexpresivos de los guardias espaciales que le habían apresado y empezó a pensar que había hecho un mal negocio huyendo de las iras del juez Erdwig.

Aquella mañana, el gran mariscal Yuggon Trim había entrado en la cámara de Azelia, con una importante noticia.

—Creo que te alegrará saber lo que voy a decirte, Majestad —exclamó, después de los saludos de rigor.

Azelia estaba peinándose ante el espejo y le miró con curiosidad.

—¿Qué es, Yuggon?

—Hay un voluntario que quiere ser tu amante, señora.

Las cejas de Azelia se levantaron.

—¿Un voluntario? Creía que esa especie se había extinguido —dijo.

—Vino por su propia voluntad, casi antes de que saliera el sol. A! declarar sus intenciones, registramos cuidadosamente sus ropas y lo sometimos al investigador mental. No tiene intenciones agresivas, majestad. Sólo quiere amarte.

—Extraño, ¿no te parece?

—Cierto, pero es sincero, de eso no hay duda.

—Muy bien, hazle pasar... Un momento, por favor, mariscal. ¿Qué noticias me traes de los terrestres?

—Miles de ellos. acompañaron anteayer a Lorian a su última morada. Hubo algunos gritos contra lo que llaman tu tiranía; pero, aparte de eso, se, muestran pacíficos.

—Supongamos que tratan de sublevarse. ¿Qué harías, mariscal?

—Lo reprimiría sin contemplaciones, señora —contestó Trim tajantemente.

Ella se mordió los labios.

—Deberíamos atraerlos...

—Algunos están de nuestra parte, pero son los menos, señora. Creo que lo que propones nos costaría muchísimo —dijo Trim.

—Muy bien, mantén la atención sobre el orden público. Y ahora, haz pasar a ese... «voluntario» —dijo Azelia con burlona sonrisa.

Trim se inclinó profundamente.

—Señora...

Momentos después, se abría la puerta de la cámara. Un hombre cruzó el umbral. Azelia se quedó estupefacta al verle.

Era un individuo gigantesco, de frondosa cabellera rojiza y gran bigote del mismo color, vestido con una simple blusa de tejido liviano y suave, y unos pantalones que quedaban metidos en unas blandas botas altas. Azelia reparó inmediatamente en la anchura de sus hombros y en la reciedumbre de su torso, y se dio cuenta inmediatamente de que no había visto hasta entonces un terrestre de semejantes características.

Rehaciéndose, compuso el gesto y, con frialdad, exclamó:

—¿Quién eres?

El pelirrojo hizo una gran reverencia.
—Orris Shattoo, tu humilde servidor y ansioso aspirante al honroso puesto de amante tuyo —contestó.
Ella se puso en pie. Era también muy alta, observó el cazador, y vestía una especie de peinador blanco, compuesto por velos que, a veces, permitían ver parte de sus encantos físicos. Realmente, era muy hermosa.
Hubo unos momentos de silencio. Luego, Azelia sonrió.

—Hasta ahora, todos me han defraudado —dijo.

—Espero no decepcionarte, señora —contestó el pelirrojo.

—¿No me temes?

—¿Por qué he de temerte?

Azelia vaciló un instante.

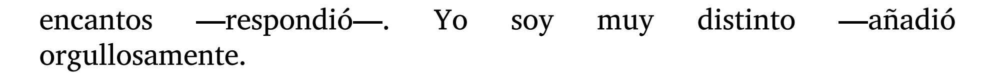
—¿Has oído hablar de mí y de mis amantes? ¿Qué has oído?

—Están una semana a tu lado y luego mueren.

—¿No temes morir?

Shattoo lanzó una estrepitosa carcajada.

—Ellos han muerto, porque fueron incapaces de... sobrevivir a tus


encantos —respondió—. Yo soy muy distinto —añadió orgullosamente.

—¿De veras? ¿En qué consiste la diferencia?

—¿Quieres saberlo?

—Me agradaría.

Shattoo avanzó hacia la joven y le puso las manos en los hombros. Al fondo, se divisaba una serie de espesos cortinajes de pesadas telas rojas y amarillas.

El cazador sonrió. De pronto, Azelia tuvo la misma sensación que sentiría un pajarillo al hallarse en las garras de un águila.

Y no le desagradó, ni protestó cuando Shattoo le despojó de sus vestiduras y le dejó completamente desnuda.

Shattoo volvió a sonreír. De pronto, se inclinó y levantó a la joven en sus poderosos brazos.

—Ahora vas a saber qué es un terrestre —murmuró ardientemente.

Varias horas más tarde, Azelia rodó en el lecho y extendió las manos suplicantemente:

—Basta, por favor —rogó—. Orris, ahora 110... Déjame descansar algunos momentos... Te lo suplico...

Sonó una alegre carcajada. Shattoo se puso en pie de un salto y fue hacia sus ropas, caídas no lejos de la cama. Hurgó en los bolsillos y se puso en los labios un palo redondo y oscuro, al que arrimó la llama de un fósforo.

Azelia le miró estupefacta, atónita al verle arrojar huno por boca y narices.

—¿Qué es eso, Orris?

—¿Cómo...? ¡Ah, sí!, se llama tabaco y se fuma. Lo cultiva un amigo mío que tiene una granja... Allí se producen toda clase de alimentos naturales...

—Pero, eso, ¿no es malo?

Shattoo sonreía, sujetando el cigarro con los dientes.

—Hombre, si se abusa... Lo mismo que el vino; un par de copas en la comida sientan maravillosamente...

Los ojos del cazador se dilataron. Completamente desnudo, con las manos en los costados, fijó la vista en Azelia y meneó la cabeza.

—Tengo la impresión de que eres un poco inculta —dijo—. Necesitas aprender muchas cosas acerca de nuestro planeta... Claro que el vino y el tabaco están prohibidos por nuestras leyes... Pero son unas leyes estúpidas, redactadas por unos legisladores reaccionarios y dictatoriales, incapaces de comprender lo que tiene de bello la vida y hermoso. —Se quitó el cigarro, lo contempló unos instantes y volvió a sujetarlo con los dientes—. Vino es un líquido que se consigue exprimiendo una fruta llamada uva y que, además de sabroso y aromático, alegra el corazón.

—Una droga, vamos.

—Si se abusa. De lo contrario...

Volvió a mirarla y le guiñó un ojo maliciosamente.

—Azelia, ¿qué te he parecido? —preguntó.

Ella estaba tendida sobre el enorme lecho, con el seno parcialmente cubierto por una sábana.

—¿Por qué eres tan absolutamente distinto a los demás? ---preguntó.

—Bueno, quiero creer que mis características personales algo tienen que ver con el caso. Pero si -hubiera seguido viviendo en Nova Urbis, entregado a trabajos rutinarios y nada fatigosos, y alimentándome químicamente, y rio hubiera desarrollado mis músculos con la vida al aire libre y el continuo ejercicio... ahora sería sólo un gran muñeco, poco menos que vacío por dentro. Muchos se horrorizan al saber qué género de existencia llevo; pero son muy pocos, por no decir ninguno, los que saben comprenderme. Y no me importa, ¿comprendes?

Azelia sonrió.

—Tienes que contarme muchas más cosas de ti, Orris —pidió.

—Claro, muñeca, todo lo que quieras. Tú también me contarás cosas, ¿no?

Ella no pudo responder. En aquel instante, a través de la gran ventana abierta, que daba a la parte posterior del recinto, se oyó un gran estruendo.

CAPITULO V

Los cabos lanzados por aquellos extraños fusiles se adherían a su cuerpo y le impedían todo movimiento. Dell se sintió izado fuera del agua y contempló con rabia y desánimo los rostros inmutables de los guardias espaciales.

Los fusiles eran grandes, de cañón grueso, unos cinco centímetros de diámetro, con un depósito circular bajo la recámara. Dell supuso que servía para contener la extraña sustancia desconocida que podía ser lanzada a cincuenta pasos de distancia, con absoluta puntería, y con la suficiente fuerza como para detener una aeromoto lanzada a casi ciento cincuenta kilómetros a la hora.

La moto se había estrellado junto a la tapia, destrozándose a causa del impacto. Dell pensó que lo tendría que pagar de alguna manera y que el suceso no iba a mejorar precisamente el humor del juez Erdwig.

De pronto, oyó un agudo grito, que procedía del palacio:

—¡Soltad a ese hombre!

Dell se percató de que era una voz de mujer y pudo entreverla a través del follaje, asomada a una de las ventanas. Pero no prestó demasiada atención al suceso.

Los guardias manipularon en sus fusiles. Los cabos se disolvieron casi instantáneamente y Dell quedó libre.

Entonces, decidió reanudar la huida y cargó con la cabeza gacha contra el soldado más próximo. Un segundo después, lanzaba un aullido de dolor y se sentaba en el suelo, agarrándose la cabeza con ambas manos, mientras le parecía estar viendo todas las estrellas del firmamento.

Su aturdimiento duró unos momentos. Al cabo, alargó una mano y asió el brazo del guardia más próximo para levantarse. El hombre no protestó.

Alguien corrió entonces hacia aquel lugar.

- ¡Kurt! —sonó la voz bramadora de Shattoo.

Dell creyó que se le salían los ojos de las órbitas.

- ¡Orris!

Detrás del cazador, una mujer, cubierta con una larga bata, el pelo ondeando libremente, corría también hacia aquel lugar. Shattoo llegó junto al joven y lo agarró por los brazos.

—Kurt, ¿qué demonios haces aquí? —exclamó.

Dell sacudió la cabeza.

—Pues mira, pasaba por las inmediaciones y me dije:«Voy a saludar a mi amigo...» No te lo crees, ¿verdad?

—Orris, ¿quién es él? —preguntó Azelia repentinamente.

Shattoo se volvió hacia la joven.

—El mejor de mis amigos, señora —contestó—. El hombre que, entre otras cosas, cultiva tabaco y elabora el mejor vino del mundo. Kurt Dell, te presento a la emperatriz.

Dell hizo una leve inclinación de cabeza.

—Majestad...

—Kurt, será mejor que nos expliques de una vez lo que estás haciendo aquí —pidió Shattoo.

—Pues...

Azelia levantó una mano.

—En mis habitaciones —ordenó.

—Sí, es buena idea —convino el cazador.

* * *

Shattoo empezó a pasearse por la estancia.

—De modo que cuando enterraban a Lorran y quisiste saber qué sucedía, un guardia te pegó sin más requisitos.

—Bueno, hubo unas palabras... pero ya desde el comienzo empezó a comportarse agriamente. El caso es que me atizó un puñetazo y me desperté en la cárcel. Luego, cuando el juez me sentenció... Bueno, la idea de estar encerrado seis meses se me hizo insufrible, Orris.

—A mí también me habría pasado algo por el estilo —contestó Shattoo. De pronto, se volvió hacia la joven—. Azelia, eres la emperatriz.

—Sí, claro —respondió ella.

—Entonces, usa de tu influencia para anular la sentencia que pesa sobre mi amigo y cancelar todos los cargos que existan contra él.

—No hay inconveniente —accedió ella, con gran sorpresa de Dell.

Azelia sonrió y añadió:

—Haría cualquier cosa que me pidiese Orris —dijo, a la vez que, agarrándose a un musculoso brazo con ambas manos, apoyaba la cabeza en el recio hombro del cazador.

Dell se sentía estupefacto. Sabía que Orris había llegado al palacio sobre las nueve de la mañana. Eran las cuatro de la tarde y la orgullosa emperatriz aparecía completamente rendida y subyugada ante el gigantesco cazador.

¿Cómo se había producido semejante prodigio?

Eso era lo de menos por el momento. Lo importante era contar con el favor de la emperatriz.

—Orris, querido, toca aquel timbre —indicó Azelia.

—Sí, nena.

Shattoo guiñó un ojo disimuladamente a su amigo. Dell procuró mantenerse serio y circunspecto.

Instantes después, apareció un hombre en la cámara.

-—Mariscal, voy a darte una orden —dijo ella—. Comunica al Consejo de Justicia de los Terrestres que, por mi magnanimidad, todas las penas y cargos que existan contra Kurt Dell, quedan absolutamente cancelados.

—Sí, señora —respondió Trim—. Lo haré inmediatamente.

—¡Ah!, ¿quieres proporcionarle también una aeromoto para que vuelva a su casa? La suya se ha destrozado con un aterrizaje totalmente imprevisto.

De pronto, Azelia frunció el ceño.

—Por fortuna, ha resultado ser amigo —añadió—. Pero, dime, mariscal, ¿qué habría pasado de ser un enemigo mío?

—Reforzaremos la vigilancia, majestad —aseguró Trim, que captó en el acto el sentido de reproche de aquellas palabras. Volviéndose hacia Dell, dijo—: ¿Tienes la bondad de acompañarme? —

Entonces, Dell tuvo un gesto que le habría resultado inconcebible sólo veinticuatro horas antes. Arrodillándose ante Azelia, tomó la orla de su vestido y la besó respetuosamente.

—Gracias, majestad —dijo.

Momentos después, Azelia y Shattoo volvían a quedar solos. Azelia se sentía muy conmovida.

—Ese terrestre es tan maravilloso como tú —dijo.

Shattoo sonrió.

—Algo más apegado a un sitio fijo, pero también partidario de la vida activa y sencilla —contestó. Avanzó hacia Azelia y la abrazó—. Cariño...

Ella sonrió deliciosamente.

—Antes dijiste que muchos de los terrestres te consideraban como un salvaje.

—A veces, lo soy —contestó él, buscando su boca ávidamente.

* * *

Los perros ladraron con fuerza al verle llegar y saltaron a su lado. Cuando avanzaba hacia la casa, Dell vio que alguien salía del interior.

—¡Ina! —exclamó, atónito.

—Hola —sonrió la muchacha.

Tomó un par de sorbos—. Pero quiero que te fijes en ciertos detalles y me des tu opinión.

—Sí, habla, por favor.

—Primeramente, todos los invasores de la etapa inicial, soldados y esclavos, fueron hombres.

—Lo sé. Yo misma te lo señalé.

—Los siguientes también fueron varones exclusivamente, con la única excepción de Azelia. ¿Por qué esa especie de discriminación casi absoluta?

—No lo comprendo —dijo Ina, desconcertada.

—Tiene que haber alguna explicación, aunque yo confío en que mi amigo conseguirá encontrarla. Por lo poco que he visto, ha conseguido conquistar plenamente a la emperatriz.

Ella alzó las cejas disgustadamente.

—Por un procedimiento poco honesto, reconozcámoslo —objetó.

—Esto es una especia de guerra, debemos admitirlo, y en la guerra, todos los medios están permitidos.

—Sí, pero...

—No te enfades. A fin de cuentas, el papel de Shattoo es tremendamente útil.

Ina hizo una mueca de desprecio.

—El papel de un zángano, que ni siquiera es capaz de fecundar a la reina —dijo.

—Quizá Orris consiga lo que los otros no lograron... y lo que desde luego, los miembros de la guardia espacial no conseguirán jamás, ni aunque vivan millares de siglos.

—No entiendo. ¿Tratas de decirme que los terrestres son estériles? —preguntó Ina—. Hay nacimientos, Kurt...

—Lo sé, pero, por alguna razón que desconozco, esas uniones que ha tenido Azelia con los terrestres no han sido fértiles. No puedo afirmar que Orris lo consiga, si es que ella, de veras, quiere un hijo. Pero, repito, los guardias del espacio no podrán ser siquiera sus amantes.

—¿Por qué, Kurt?

Dell inspiró profundamente.

—Ina —contestó muy despacio—, todos los componentes de la guardia espacial, desde el mariscal Trim hasta el último soldado... *¡son robots!*

CAPÍTULO VI

El pelotón de guardias, al mando de un oficial de brillantes hombreras, se detuvo ante la puerta de una casa. El oficial llamó y alguien salió a la puerta.

—¿Qué deseas? —preguntó el terrestre.

—¿Vive aquí una mujer llamada Tessa Rackles?

—Sí, es mi hija...

—Ordénale que salga. Debe venir con nosotros.

Hubert Rackles frunció el ceño.

—¿Qué delito ha cometido? —preguntó.

—Eso no es de mi incumbencia. Di a tu hija que salga o entraremos a buscarla.

Rackles lanzó un aullido de cólera y quiso cerrar la puerta, pero dos poderosas manos se lo impidieron rápidamente. Él empujón que el oficial dio a la puerta derribó por tierra al dueño de la casa.

- ¡Entrad a por la muchacha! —ordenó el oficial.

Cuatro guardias irrumpieron en el acto en el interior de la casa. A los pocos momentos, salieron llevando en vilo a una hermosa muchacha, que chillaba y perneaba frenéticamente.

- ¡Hija! —gritó Rackles, todavía caído en el suelo.

—Lo siento —dijo el oficial fríamente.

—¿Qué vais a hacer con ella? ¿Acaso pensáis devorarla en algún banquete de antropófagos?

El oficial pareció sorprenderse al oír aquella palabra. De pronto, metió la mano en uno de sus bolsillos y sacó algo parecido a una calculadora manual. Tocó varias teclas rápidamente y esperó a que se iluminara una pequeña pantalla situada en la parte superior.

En realidad, aquella máquina era una traductora. Después de leer la

respuesta, el oficia! dijo:

—No, nosotros no nos comemos a nuestros semejantes. No temas, por tanto, por la suerte de tu hija.

—Pero, ¿quién lo ordena...? —preguntó el afligido padre.

—Su majestad la emperatriz.

La comitiva se puso en marcha inmediatamente. En la vecindad, algunas personas, que habían sido testigos de la escena, silbaron y protestaron; pero sin demasiado entusiasmo.

Las armas de los invasores resultaban impresionantemente disuasorias sólo con su aspecto.

* * *

—Bien, ¿y cuáles son tus proyectos? —preguntó Ina a la mañana siguiente, mientras aprendía a freír huevos en la cocina.

Dell se ocupaba del café.

—No lo sé todavía —contestó—. Pero creo que debería consultarlo con el profesor Gstooden.

—No sois lo que se dice buenos amigos —comentó ella irónicamente.

—Habrá que dejar de lado los problemas personales. La situación exige el esfuerzo de todos los que puedan hacer algo en contra de los invasores.

—Es una excelente respuesta; pero, ¿qué se puede hacer contra unos invasores que son sólo robots dirigidos por una mujer sin escrúpulos?

—Tendremos que buscar una solución, no hay otro remedio. Aunque...

Dell se interrumpió de pronto. Ina sacó los huevos de la sartén y llevó el plato a la mesa.

—Ibas a decir algo —sonrió, al verle irresoluto.

—La verdad, no sé si merece la pena esforzarse para que luego, suponiendo que dé con una solución satisfactoria, vuelvan las cosas

como antes. Tú ya me entiendes, ¿no?

Ina asintió.

—Lo que tratas de decirme es que se deberían suprimir algunas normas demasiado rígidas —exclamó.

—Justamente. ¡Oh!, no es que yo no reconozca las numerosas ventajas del sistema. Alimento, comida, ropas, alojamiento y medicinas gratis, amén dé una expectativa de vida próxima a los dos siglos y medio. Maravilloso, Ina, lo admito. Pero, a cambio, la sujeción a las leyes es absoluta y la iniciativa del individuo ha sido completamente anulada. «Tú trabajarás aquí, tú harás esto... Ese libro está prohibido; no se puede discutir una orden emanada de lo alto... Está prohibida la crítica...» Demasiado, sinceramente.

—Y menos mal que a los inadaptados les permiten vivir fuera de Nova Urbis.

—Bueno, no nos dejan libres de buena gana. Hay que anotarles ese tanto: son enemigos de la violencia y saben que si presionasen sobre los inadaptados, como ellos nos denominan, en un sentido u otro, acabarían por producirse actos de violencia que, inevitablemente, contagiarían a otros muchos. Prefieren que nos marchemos; somos las manzanas podridas del cesto.

Ina lanzó una mirada a través de la ventana y contempló arrobada el verdor de los campos cultivados y la maravilla de los árboles cargados de fruta.

—Has construido algo ideal —murmuró.

—No lo he conseguido sin trabajo. Pero me siento satisfecho —declaró el joven. Tomó un sorbo de café y pareció sumirse en sus pensamientos. Ina le miró con curiosidad.

—Algo te preocupa —adivinó.

Dell meneó ligeramente la cabeza.

—Todo —contestó—. Pero ahora estaba pensando en el momento en que descubrí que la guardia espacial está compuesta exclusivamente por robots.

—Debiste llevarte una gran sorpresa, al golpear el pecho del soldado con la frente —rió la muchacha.

—Imagínate. Luego, cuando me puse en pie, necesité ayuda y agarré el brazo de otro soldado. El tacto del metal es inconfundible.

Terminó el café y se puso en pie.

—Hoy tengo algo de trabajo, que me ha quedado retrasado de estos dos días. Hasta la tarde no podré ir a ver al profesor —manifestó.

—Muy bien; me quedaré contigo, si no tienes inconveniente —dijo Ina.

—Empieza por fregar los cacharros. Luego ven a buscarme; empezaré a enseñarte cómo se llega, a ser granjero.

—Encantada —aceptó ella con una deliciosa sonrisa en los labios.

* * *

El profesor Gstooden se paseaba a grandes zancadas por su despacho, contemplado por los dos jóvenes, sentados en un diván. Gstooden tenía las manos a la espalda y parecía sumido en profundas meditaciones.

De pronto, se detuvo y miró al joven con ojos llameantes.

—¿Estás seguro de que todos son robots? —preguntó, rompiendo el tenso silencio que se había producido después de la sensacional declaración de Dell.

—¿Qué motivos hay para suponer lo contrario, profesor?

—Pero tú sólo tocaste a dos de ellos…

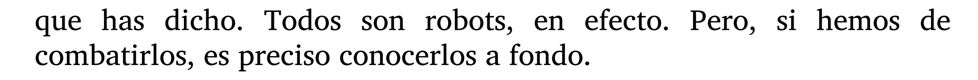
—¿Se ha fijado en cualquiera de los soldados? Jamás sonríen, nunca dicen una palabra amable, aunque la verdad es que tampoco actúan con hostilidad. Son absolutamente inexpresivos, profesor. *Todos* son robots, insisto.

—¿Y ella? Me refiero a la emperatriz, claro. ¿No será también un robot?

Dell sonrió maliciosamente.

—A juzgar por lo que vi en mi amigo Shattoo, no es una máquina con figura humana —contestó.

—Muy bien —dijo Gstooden—. Demos por sentado que es cierto lo


que has dicho. Todos son robots, en efecto. Pero, si hemos de combatirlos, es preciso conocerlos a fondo.

—¿Cómo, profesor? —intervino la chica.

Los ojos de Gstooden recorrieron alternativamente los dos rostros que tenía frente a sí.

—Sólo hay una respuesta —dijo.

—Hable —invitó Dell, impaciente.

—Hace muchísimos años, también los terrestres disponíamos de robots. Pero ya se hacía un uso excesivo de ellos y corríamos el riesgo de caer en una dependencia absoluta de ese tipo de máquinas. Además, se sospechaba que empezaban a pensar por su cuenta.

—Habíamos creado una raza nueva —dijo Ina.

—Sí. Entonces, antes de que fuese demasiado tarde, y resultó una medida acertada de! gobierno de aquella época, se destruyeron todos los robots. Lo cual trajo, como contrapartida altamente beneficiosa, una mayor participación de los terrestres en el esfuerzo común.

—Y también unas leyes draconianas —murmuró Dell con sorna.

—Cuando unos seres inteligentes se reúnen en comunidad, se precisan unas normas que regulen la convivencia —dijo Gstooden altaneramente.

—Sí, pero es que las leyes actuales consideran a los seres humanos como si fuesen robots.

Ina levantó una mano.

—Por favor, déjense de discusiones sobre el sistema y aténganse a lo urgente —rogó.

—Tienes razón —convino Gstooden. Miró al joven—. Kurt, si queremos combatir a los robots, debemos conocerlos a fondo. Y para eso no hay más que una solución. Cualquiera otra que propongas, sea la que sea, no sirve.

—¿Cuál es la solución, profesor? —preguntó Dell.

—Secuestrar a un robot.

Dell se tiró del labio inferior repetidas veces. Luego hizo un gesto de asentimiento.

—De acuerdo. Secuestraré un robot. ¿Y después? —quiso saber.

—Tengo un buen amigo, sumamente experto en electrónica, Ankyll Mahoddyne. Cuando tenga el robot en mi poder, lo llamaré para que lo explore a fondo.

—Entonces, ya no nos queda más que buscar el momento y el lugar adecuados para realizar el secuestro.

—Es preciso que actuemos sin pérdida de tiempo —dijo el profesor —. La situación empeora rápidamente.

—¿Qué sucede? —preguntó Ina.

—Están secuestrando a las mujeres. Ya han raptado a unas veinte y se las han llevado a un lugar que desconocemos y con fines que igualmente nos resultan desconocidos —respondió Gstooden—. Hay una enorme efervescencia y, con sinceridad, temo un levantamiento que resultaría un desastre, porque la guardia espacial lo aplastaría sangrientamente. Algunos de los familiares de las chicas secuestradas intentaron oponerse y fueron muertos sin el menor escrúpulo.

Dell se quedó atónito al escuchar aquella noticia. De pronto, se dio una palmada en la frente.

— ¡Ya está! —dijo—. Creo que algo podré hacer.

—¿Sí, Kurt?

—Hoy mismo hablaré con Shattoo y Azelia. De algo tiene que servirnos el ascendiente que mi amigo ha conseguido sobre la emperatriz, ¿no os parece?

Gstooden consideró la idea unos instantes y acabó por aprobarla con repetidos movimientos de cabeza.

—Hazlo cuanto antes, Kurt —solicitó.

* * *

La aeromoto se detuvo a pocos pasos del enorme portón de acero que cerraba el acceso al recinto. Había dos guardias ante la puerta, con los fusiles terciados. Sobre el borde de la tapia, se divisaba un formidable puesto de defensa, con dos torres blindadas y unos

extraños cañones asomando por las aspilleras correspondientes. Asimismo se divisaban unos potentes reflectores, apagados en aquellos momentos, aunque había otros focos de menor tamaño, que alumbraban con toda claridad la explanada situada frente a la entrada.

Dell paró la aeromoto y se apeó.

—Deseo ver a su majestad —exclamó—. Dígale mi nombre: Kurt Dell.

Uno de los centinelas asintió y se volvió hacia un interfono situado en el muro. Habló algo rápidamente y esperó.

A los pocos momentos, se iluminó una pantalla situada en la misma muralla. Dell reconoció en el acto el rostro del mariscal.

—Eres tú —dijo Trim.

—Sí, excelencia. Te ruego me permitas visitar a su majestad. Deseo hablar con ella de un tema interesante.

—Puedes hacerlo conmigo, Kurt —respondió Trim—. Su majestad está ausente.'

—¿Cómo?

—Ha salido de excursión con su amante. Ignoro cuándo regresará. En su ausencia, yo he asumido el gobierno. ¿Puedo serte útil en algo? —se ofreció Trim con inusitada cortesía.

—No... no, muchas gracias, excelencia. Era sólo un asunto privado y no corre ninguna prisa. Muy agradecido.

Dell regresó a la aeromoto y, después de hacer que se levantase un palmo en el suelo, viró en redondo y emprendió el regreso a Nova Urbis, sumamente preocupado por la respuesta que acababa de recibir. ¿Adónde podrían haberse ido Orris y Azelia?

La emperatriz parecía haber caído poco menos que instantáneamente bajo el viril hechizo del cazador. Quizá éste le había convencido para que saliera del despacho y conociera el mundo exterior terrestre. Orris no era hombre demasiado aficionado a permanecer mucho tiempo bajo techado. Lo peor de todo era, se dijo, la ignorancia de la fecha de! regreso de la pareja.

De pronto, cuando ya se hallaba a unos mil metros del recinto, en un trozo sumido en las tinieblas, vio venir hacia sí una aeromoto ocupada por dos guardias de! espacio.

Inmediatamente, se le ocurrió una idea. Era el lugar adecuado y la ocasión no podía ser más propicia.

Había llegado el momento de secuestrar a uno de los robots invasores.

CAPITULO VII

Los vehículos volaban a poco más de dos metros sobre el suelo. En el momento en que iban a cruzarse, Dell hizo una brusca maniobra y lanzó su aeromoto contra la ocupada por los dos robots.

No hubo gritos de sorpresa, como hubiera sucedido de haberse tratado de seres humanos. La aeromoto atacada volcó y sus ocupantes rodaron por el suelo, aturdidos y desconcertados.

Dell se apeó de inmediato. Un oscuro instinto le dijo lo que debía hacer en primer lugar.

Todos los soldados llevaban sobre el casco una diminuta antena, que no medía más de un palmo de largo, rematada en una pequeña rejilla de unos diez o doce centímetros cuadrados. Dell saltó sobre los caídos, que ya empezaban a incorporarse y, de sendos y rápidos tirones, arrancó las antenas.

Dell se movió con increíble rapidez. Privados de las antenas, los robots eran sendas estatuas. Agarrando a uno de ellos por debajo de los sobacos, lo llevó tras unos arbustos y lo desnudó en pocos momentos. El metal que había debajo del uniforme brilló en la penumbra que reinaba en aquellos parajes.

Acto seguido, Dell se quitó sus propias ropas, que trocó por las del soldado «desvanecido». Abandonó aquel lugar y transportó la aeromoto al mismo sitio. Luego se acercó al segundo de los soldados.

—¿Puedes oírme? --preguntó.

—Sí —contestó el robot con ciertas dificultades, que Dell no dejó de captar.

—Entonces sube...

De pronto, pensó en que no convenía abandonar las antenas y empezó a buscarlas por el suelo. Una vez las hubo encontrado, regresó de nuevo al camino.

El robot obedeció en silencio. Dell pisó el acelerador y tiró hacia sí del manillar. La aeromoto arrancó, elevándose a un par de metros del suelo.

Dell se sentía enormemente satisfecho. Si había fracasado en la

visita a Azelia y su amigo, al menos había conseguido secuestrar a uno de los robots, y ello de la manera más fácil imaginable.

Ahora sólo faltaba que Mahoddyne examinase a su prisionero. Cuando el experto hubiese emitido su informe, se podría aventurar una solución.

Orientó el aparato hacia el laboratorio del profesor Gstooden, situado en las afueras de Nova Urbis, aunque al lado opuesto. Atravesó la ciudad a marcha moderada y, de repente, cuando menos lo esperaba, se situó una aeromoto a su lado.

- ¡Asesinos! —gritó el tripulante del vehículo.

Dell procuró mantener la compostura, como si fuera un robot.

- ¡Miserables! —añadió el terrestre, que parecía fuera de sí ——. Canallas, hijos de perra...!

Dell apretó los labios. Aquel tipo, pensó, parecía fuera de sí. Podía ponerle en un problema. Y no quería descubrir su verdadera identidad ni divulgar algo que, por el momento, convenía mantener en secreto.

De súbito, aquel enfurecido individuo lanzó su aeromoto contra la ocupada por Dell y su prisionero.

—Este tipo quiere repetir conmigo la misma operación —masculló, a la vez que frenaba en seco.

En aquellos momentos, volaba a muy baja cota. Aterrizó y saltó fuera de la aeromoto. El robot permaneció inmóvil.

El terrestre descabalgó también y corrió hacia el que suponía un invasor. Dell aguardó a pie firme, sin mostrar la menor emoción.

— ¡Te voy a...!

Dell cortó el furioso chorro de palabras con un seco derechazo a la mandíbula de su atacante. Vio en el hombre un gesto de sorpresa, pero duró apenas una fracción de segundo. En seguida, el levantisco se desplomó, completamente inconsciente. Dell volvió a su vehículo y continuó su camino.

En cierto modo, se sentía satisfecho del incidente. Cuando el terrestre despertase, no sospecharía que el que le había golpeado no era uno de los miembros de la guardia espacial.

Y menos aún se le ocurriría pensar en él como en un robot.

* * *

Kurt Dell entró en el laboratorio, seguido del prisionero, ante el asombro de Ina y el profesor. Dell sonrió, mientras volvía un poco la cabeza.

—Quédate ahí —ordenó.

El robot se inmovilizó. Ina se acercó al joven y tocó su brazo con la yema de los dedos.

—Pero, ¿qué significa esto? —preguntó. .

—Simplemente, me he hecho pasar por un invasor, para no despertar sospechas en los que pudiéramos encontrar por el camino —respondió el joven alegremente—. Pero ya tenemos un prisionero, que era lo que interesaba.

Gstooden se acercó al robot y dio la vuelta completa a su alrededor. Luego se encaró con Dell.

—Kurt, muchacho, dime cómo lo has conseguido —pidió.

El joven se echó a reír y relató rápidamente la acción, sin omitir el incidente con el levantisco. Al terminar, añadió:

—Sin embargo, no he conseguido lo que casi nos interesaba tanto como capturar un prisionero.

—No has podido hablar con Azelia —adivinó la chica.

—Justamente, encanto.

—¿No ha querido recibirte? —preguntó Gstooden.

—Está ausente. Se ha ido de excursión con Orris. Yo supongo que mi amigo quiere enseñarle el país… Trim me ha dicho que no sabe cuándo regresarán.

—No me fío de esa mujer —dijo el profesor aviesamente.

—¿Por qué? —preguntó Dell.

—¡Hum! Es… una abeja reina. Después de la fecundación, mata a su pareja.

—No lo hará con Orris —rió el joven.

- ¡Ojalá sea como dices! Bien, voy a avisar a mi amigo Mahoddyne...

—Espere un momento, profesor —exclamó Dell—, Quiero hacer una prueba.

Sacó una de las antenas que había traído consigo y, después de algunos esfuerzos, consiguió colocarla de nuevo en su sitio. Entonces, ocurrió algo sorprendente.

El robot pareció cobrar vida nuevamente.

—¿Por qué me habéis traído aquí? —exclamó con enérgico acento —. ¿Quiénes sois vosotros? ¿Os dais cuenta de que os habéis rebelado contra la autoridad de su majestad?

Dell arrancó la antena por segunda vez,

- ¡A callar! —ordenó.

Gstooden y la muchacha se sentían estupefactos.

—Sin la antena, no son nada —dijo el prisionero.

—Parece como al arrancarle la antena le arrancases también su voluntad —exclamó Ina.

—Algo hay de eso —sonrió Dell—. Pero es que, además, supongo que la antena sirve para sus comunicaciones privadas.

—¿Cómo? —dijo Gstooden.

—Es lógico que exista un sistema de comunicaciones entre los robots, profesor, entre ellos mismos y con una central general de transmisiones. La antena es el enlace adecuado para esas comunicaciones, bien sea entre dos de los robots, bien entre ellos y la central. Pero, además, esa antena es una especie de elemento vital, si es que se puede hablar así respecto a una máquina. Sin la antena, es sólo un montón de mecanismos, pero actúan obedientemente a una orden del que está a su lado. Con la antena, recobran nuevamente, como han podido apreciar, la inteligencia y la capacidad de discernimiento.

Gstooden asintió:

—No cabe la menor duda —respondió—. Kurt, voy a llamar a mi amigo el ingeniero.

—Muy bien, profesor.

—Tendrás hambre —dijo Ina.

—¿Qué hay para comer, preciosa?

—Una tableta alimenticia y leche. O agua, como prefieras.

—Me conformo con un vaso de leche. Aunque es sintética, se diferencia muy poco de la de mis vacas —sonrió Dell.

* * *

Ankyll Mahoddyne era un sujeto alto, delgado, casi esquelético, de ojos penetrantes y nariz aquilina, con el pelo constantemente alborotado y separado a ambos lados de la cabeza, lo que le confería un aspecto poco menos que satánico. Pero, en realidad, se trataba de un individuo en el que el humor y el sarcasmo afloraban casi de continuo a cada frase que pronunciaba.

—¡Por todos los tornillos del Universo! —exclamó, mientras daba vueltas constantemente en torno al inmóvil prisionero—. De modo que todos los invasores, menos la mujer, son robots.

—Puedes estar seguro de ello, Ankyll —dijo Dell—. El profesor sugirió que eres el único que puede estudiar sus mecanismos con la seguridad de conseguir lo que deseamos.

Mahoddyne se volvió hacia el joven.

—Y ¿qué es lo que deseáis?

—Librarnos de los invasores.

Hubo un instante de silencio. Mahoddyne tenía la vista fija en el robot.

—Creo que empiezo a comprenderte —murmuró al cabo de unos instantes—. Supongamos que conseguimos hacernos con el control de todos los robots. Eso sería suficiente para dar una orden general y obligarles a obedecer.

—Exactamente, Ankyll.

—Pero la central, lógicamente, debe estar en Azelina.

—Es de suponer —convino Dell.

Mahoddyne se pellizcó el labio inferior.

—Podríamos construir otra —murmuró.

—No sería mala idea.

El ingeniero se echó a reír.

—Resultaría divertido dar órdenes a la guardia espacial. El mariscal se iba a tirar de los pelos... Pero un robot tiene tanto pelo como la tripa de una rana —exclamó sarcásticamente.

—Tienen pelo, Ankyll —dijo el joven—. Si quieren parecerse a los humanos...

Mahoddyne se volvió hacia Dell.

—Kurt, ¿por qué diablos vinieron una sola mujer y varios cientos de miles de robots? —exclamó.

—Lo sabremos algún día —contestó el joven—. Ya tenemos un espía infiltrado en el palacio.

—Tipo listo —sonrió Mahoddyne—. Bueno, voy a echar un vistazo a las «tripas» de este individuo... —Se volvió hacia Gstooden—. Ralph, necesitaré tu laboratorio —solicitó.

Gstooden hizo un amplio ademán.

—Está a tu disposición —accedió.

De repente, se oyó un tañido musical, que se repitió varias veces. Ina se puso rígida.

—Algo sucede —exclamó.

—¿Qué pasa? —preguntó Dell, intrigado.

—Es la señal de llamada —dijo la muchacha—. Cuando suena, sea la hora que sea, todos los terrestres tenemos la obligación de conectar nuestro televisor con el canal de la emisora de Azelina.

—¿Qué pasa si no lo hacéis?

—Allí tienen un control muy severo. El que desobedece la orden, sufre una crecida multa.

- ¡Pero si no se usa el dinero! —exclamó Dell, atónito.

—Las multas se evalúan en días de prisión.

Dell silbó tenuemente.

- ¡Pues sí que estamos...! Anda, conecta; no quiero que encierren al profesor. Porque sería a él a quien castigasen, ¿no?

Ina asintió y se acercó a la pared, donde estaba empotrada la pantalla del televisor. Presionó la tecla de contacto y, casi en el mismo instante, se vio aparecer el rostro de Yuggon Trim.

* * *

—Dos de nuestros soldados han sido atacados, uno de los cuales ha desaparecido —dijo Trim con calmoso acento—. El soldado cuyo paradero se desconoce se llama Thero Rutt y su número es FJT-0045-966-ARU. Suponemos que ha sido secuestrado por algunos rebeldes, a los cuales perdonaremos su inmundo delito, si liberan inmediatamente al prisionero.

»Si alguien tiene alguna noticia sobre el particular, deberá comunicarse inmediatamente con esta emisora, bastándole para ello presionar la tecla roja en el cuadro de mandos de su televisor. Será recompensado generosamente.

»Pero si los secuestradores se niegan a cumplir esta orden, pueden incurrir en severísimas penas, que pueden acarrearles, sin duda, la pérdida de la vida. Eso es todo.

La imagen de Trim desapareció de la pantalla. Ina cerró el contacto.

—No se queda corto amenazando —-comentó.

—Sin embargo, hay algo en lo que ha dicho, que me satisface enormemente —exclamó Dell.

—¿Qué es, muchacho? —preguntó Gstooden.

—Trim se encuentra en un aprieto. De lo contrario, no habría emitido este aviso.

—Si ha habido secuestro, resulta lógico —intervino Mahoddyne.

—Resulta lógico, porque ha tenido que tratar de comunicarse con nuestro prisionero y no lo ha conseguido, ya que le falta la antena.

Mahoddyne asintió con lentos movimientos de cabeza.

—Creo que comprendo. Le ha fallado el intento de comunicarse con Rutt por medio de la central general de comunicaciones.

—Exactamente. Ankyll, esto corre prisa —dijo el joven con toda intención.

Mahoddyne hizo un gesto con la mano.

—Tú, sígueme.

El robot echó a andar de inmediato, detrás de Mahoddyne. Gstooden se marchó con ellos. Dell e Ina quedaron solos.

—Kurt, podríamos saber muchas' cosas más si conociéramos el paradero de Azelia, ¿no crees? —dijo la muchacha.

Dell suspiró.

—Lo malo es que no sabemos dónde diablos se ha metido con su enamorado —contestó.

CAPITULO VIII

Azelia despertó y, durante unos momentos, permaneció inmóvil, envuelta en las cálidas pieles que le había proporcionado su acompañante. Olor de leña que ardía llegó casi de inmediato a su pituitaria.

Abrió los ojos. De espaldas a ella, Shattoo se ocupaba de preparar el desayuno. El sol chispeaba a través de las hojas de los árboles y hacía nacer estrellas doradas en el remanso cercano. El ambiente resultaba fresco, embalsamado por mil perfumes de flores y plantas silvestres.

De pronto, Shattoo se volvió hacia ella y sonrió.

—¿Qué tal has descansado? —preguntó.

—He dormido de un tirón —sonrió la joven, a la vez que se sentaba y echaba hacia atrás su revuelta cabellera—. ¿Siempre vives así, al aire libre, Orris?

—Bueno, de cuando en cuando, voy a la ciudad y vendo mis pieles. Aunque lo mejor sería decir que las cambio por otras mercancías. Pero me paso largas temporadas fuera, en el campo...

—Y nunca has pensado en establecerte en un lugar determinado.

—Aún es pronto. Azelia, ve a bañarte; el desayuno estará muy pronto.

—De acuerdo.

Ella se levantó y corrió hacia el remanso, en el que se sumergió de inmediato, completamente desnuda. Shattoo le oyó lanzar grititos de alegría y sonrió para sí.

Azelia llegó minutos más tarde, con el cabello todavía mojado.

—Es algo completamente nuevo para mí —confesó.

—Entonces, ¿qué hacías en el mundo del que procedes? —inquirió Shattoo.

Ella se quedó seria repentinamente.

—No me gustaría recordarlo —dijo.

Estaba sentada sobre los talones y su pecho subía y bajaba con rapidez, observó el cazador. Había palidecido y parecía muy alterada.

—No hablemos más del asunto —dijo Shattoo con acento intrascendente—, Pero aquí te encuentras a gusto.

—Sólo después de haberte conocido, Orris.

—¿Y antes?

Azelia hizo un gesto de desprecio.

—Sólo tenían de hombres la apariencia. Vuestra civilización, tan planificada, les había convertido en monigotes de carne y hueso.

—Y luego de comprobar que no servían para... nada, ordenabas que los asesinaran.

Ella le miró penetrantemente.

—¿Quieres saber lo que les ocurrió? —dijo.

—No me interesa demasiado. A mí no me pasará eso, supongo.

—No —respondió Azelia—. He encontrado al hombre que necesitaba y no permitiré que te hagan daño.

Shattoo frunció el ceño al oír aquellas palabras. Una súbita sospecha invadió su mente, pero, por el momento, decidió, era preferible no expresarla en voz alta. Azelia se mostraba aún muy reticente en determinados aspectos de su existencia y era necesario tener paciencia. Un día, sin que nadie se lo pidiera, sin la menor presión, se lo contaría todo..

Sonrió alegremente y tendió un plato a la joven.

—Llénate el estómago, muñeca —dijo.

—He fracasado —declaró Mahoddyne cuarenta y ocho horas más tarde.

Dell, Ina y Gstooden le contemplaron, abrumados por aquellas dos sombrías palabras.

—Habla, Ankyll —pidió el joven.

—En alguna parte, pero no he conseguido encontrarlo, hay un circuito de obediencia absoluta. Debe tener un tamaño microscópico o quizá está compuesto por varias partes, cada una de las cuales, a su vez, está insertada en un circuito superior. Si es así, no he logrado diferenciar ese fragmento del circuito de obediencia absoluta.

—Que, lógicamente, sólo funciona cuando tiene la antena sobre el casco —dijo Dell.

—Sí.

Ina entregó una taza de café al ingeniero.

—Entonces, no podemos hacer nada —exclamó Gstooden.

—Sin conocer a fondo ese circuito, no —respondió Mahoddyne tajantemente—. Porque entonces, podríamos construir nuestra propia central general y, con una sola orden paralizar a todos los invasores.

—Pero ahora obedece las órdenes que le damos —alegó el joven.

—Sin la antena, es un robot primario. Obedece, pero no razona. Puede realizar toda clase de trabajos, desde luego, aunque primero es preciso darle las instrucciones, muy precisa y detalladamente. Por ejemplo, en tu granja, si le ordenas recoger melocotones, recogerá esa fruta solamente; no se le ocurrirá recolectar ciruelas o peras o cualquier otra fruta que ya esté madura, ni tampoco atender a las gallinas u ordeñar las vacas. ¿Me has entendido?

—Eso quiere decir que la antena conecta el circuito de obediencia absoluta.

—A la palabra absoluta, deberíamos añadir el calificativo de discernidora. Con la antena saben discernir y discutir como las personas. Sin la antena son… máquinas sin iniciativa alguna.

—Es la primera vez que oigo decir de alguien que tiene el cerebro fuera de la caja craneana —dijo Dell irónicamente. Miró al profesor —. Bien, ¿qué podemos hacer?

Gstooden enseñó las palmas de sus manos.

—Ya no se me ocurre nada más —dijo.

Dell se acarició el mentón.

—A mí sí se me ocurre una idea —exclamó.

— ¿Interesante? —preguntó Ina.

—Supongo. Supongo que es interesante la idea de asaltar Azelia, buscar la centra! y hacerla volar en pedazos.

La chica se estremeció.

—Resultaría muy arriesgado —murmuró.

—Somos prisioneros de una mujer y un montón de robots. Vale la pena correr un riesgo si queremos ser libres nuevamente.

Sobrevino un momento de silencio. Luego, Mahoddyne dijo:

—Kurt, si piensas llevar a cabo tu idea, yo puedo prepararte el explosivo.

—¿Sí?

—Imagino que la central será un conjunto de mecanismos sumamente delicados —dijo el ingeniero—. Entonces, bastarán unos pocos gramos de explosivo para destruirla irremisiblemente. Sobre todo, si se emplea el E-01.

—He oído decir que un gramo de ese explosivo tiene una potencia cien mil veces superior a la de la antigua dinamita.

—Un gramo equivale a cien kilos de dinamita —dijo Mahoddyne muy serio—. Con diez gramos, obtendrías el equivalente de una tonelada... y no hay en Azelina nada que pueda resistir los efectos de una cantidad semejante de explosivo.

Dell levantó el índice.

—Tú procúrame el explosivo —dijo—. Yo me encargaré de encontrar la central y hacerla saltar por los aires.

En aquel momento, Ina, que estaba situada junto a una le las ventanas, lanzó una exclamación:

—¡Viene alguien! —Y, un segundo después, añadió—: ¡Es 1 juez Erdwig!

* * *

El juez Erdwig no venía solo. Le acompañaban dos polillas terrestres y dos miembros de la guardia espacial.

Gstooden salió a recibirle.

—¿En qué puedo servirte, juez? —se ofreció, cortés.

—Debo registrar tu casa —contestó Erdwig fríamente.

—¿Por qué? ¿Puedo saber los motivos?

—Un soldado de la guardia de su majestad ha sido secuestrado. Se le busca por todas partes. Tengo orden de encontrarlo a toda costa.

Gstooden alzó las cejas.

—¿Te has pasado al invasor? —dijo despreciativamente.

—Hago lo que me dicta mi conciencia —respondió Erdwig con frialdad—. Y tengo la suficiente autoridad para ordenarte que no entorpezcas mi tarea.

—Juez, ¿qué cargo te han prometido los invasores si colaboras con ellos? ¿Presidente del gobierno títere terrestre?

—Profesor, si continúas hablándome en este tono,, ordenaré que te arresten. ¿Quieres dejarnos pasar o prefieres que empleemos la fuerza?

—Por supuesto, no pensaba resistirme —dijo Gstooden lo sin cierta ironía en la voz—. Pero, sin embargo, quisiera saber una cosa, juez.

—Habla —invitó Erdwig secamente.

—¿Sospechas de mí?

—No es tu casa la única en ser registrada. Lo serán todas.

—Entonces, tienes trabajo para rato —se burló Gstooden.

—Hay más que realizan la misma tarea; no soy el único.

—Claro, claro, nunca faltan traidores... Pasa, por favor. 1

Erdwig franqueó el umbral. Entonces, vio a Dell y a Mahoddyne, sentados en sendos butacones, charlando animadamente.

—¿Qué hacen estos hombres aquí?

—Son mis amigos. No hay ley que impida estén en mi casa —respondió Gstooden.

—A uno de esos individuos le condené yo...

—Pero su majestad Azelia I me indultó graciosamente ; —dijo Dell, sonriendo.

Erdwig apretó los labios.

—Yo acato las órdenes de su majestad —manifestó—. 9 Profesor, con tu permiso...

—Lo tienes, pero quiero acompañarte —manifestó Gstooden—. Si tú puedes registrar mi casa, y no te niego ese derecho, yo también tengo el de estar presente en este acto legal.

—Muy justo —admitió Erdwig sin pestañear.

El juez y sus cuatro acompañantes se adentraron en la casa. De pronto, Gstooden llegó a una puerta y asió el pomo con la mano.

—Cuidado, no hagas ruido —dijo en voz baja.

Erdwig le miró inquisitivamente.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Mi sobrino se ha casado recientemente. El y su esposa deben de estar aún dormidos. Míralos.

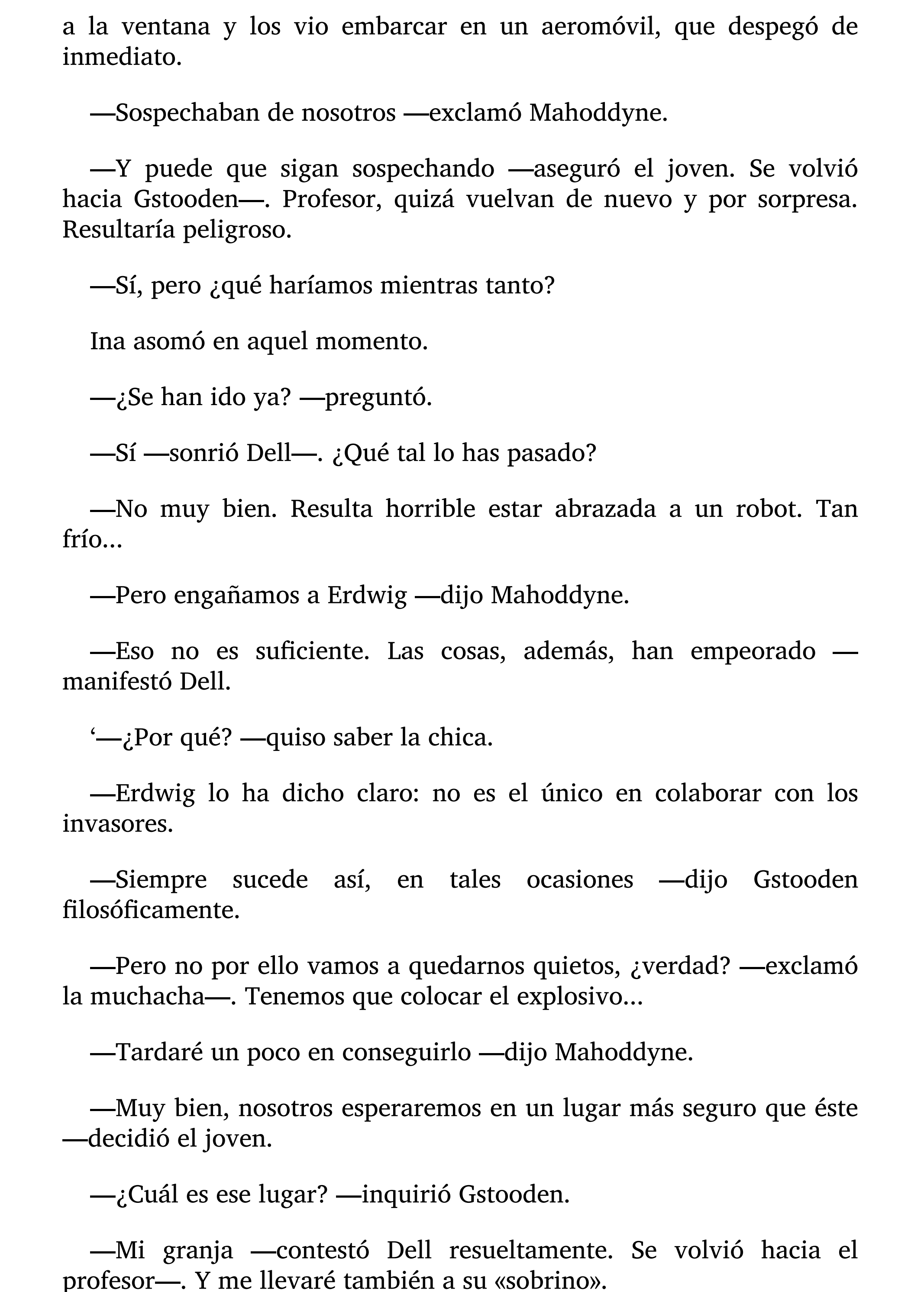
Gstooden abrió la puerta. Erdwig asomó la cabeza y divisó a un hombre y una mujer en la cama, estrechamente abrazados u sumidos en un profundo sueño. Pero también advirtió un armario en urna de las paredes y el profesor, que lo notó, entró de puntillas y abrió las puertas en el más completo silencio.

El armario apenas tenía ropas. Erdwig se dio por satisfecho y se retiró.

—Lamento las molestias que te hemos causado —dijo al despedirse.

—Soy un puntual cumplido; de la ley —contestó Gstooden.

El juez y sus acompañantes se marcharon. Dell se acercó de un salto


a la ventana y los vio embarcar en un aeromóvil, que despegó de inmediato.

—Sospechaban de nosotros —exclamó Mahoddyne.

—Y puede que sigan sospechando —aseguró el joven. Se volvió hacia Gstooden—. Profesor, quizá vuelvan de nuevo y por sorpresa. Resultaría peligroso.

—Sí, pero ¿qué haríamos mientras tanto?

Ina asomó en aquel momento.

—¿Se han ido ya? —preguntó.

—Sí —sonrió Dell—. ¿Qué tal lo has pasado?

—No muy bien. Resulta horrible estar abrazada a un robot. Tan frío...

—Pero engañamos a Erdwig —dijo Mahoddyne.

—Eso no es suficiente. Las cosas, además, han empeorado —manifestó Dell.

‘—¿Por qué? —quiso saber la chica.

—Erdwig lo ha dicho claro: no es el único en colaborar con los invasores.

—Siempre sucede así, en tales ocasiones —dijo Gstooden filosóficamente.

—Pero no por ello vamos a quedarnos quietos, ¿verdad? —exclamó la muchacha—. Tenemos que colocar el explosivo...

—Tardaré un poco en conseguirlo —dijo Mahoddyne.

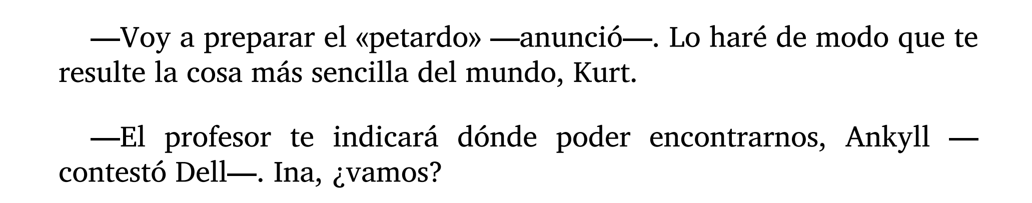
—Muy bien, nosotros esperaremos en un lugar más seguro que éste —decidió el joven.

—¿Cuál es ese lugar? —inquirió Gstooden.

—Mi granja —contestó Dell resueltamente. Se volvió hacia el profesor—. Y me llevaré también a su «sobrino».

—Una excelente idea —aprobó Gstooden.

Mahoddyne se puso en pie.



—Voy a preparar el «petardo» —anunció—. Lo haré de modo que te resulte la cosa más sencilla del mundo, Kurt.

—El profesor te indicará dónde poder encontrarnos, Ankyll —contestó Dell—. Ina, ¿vamos?

—Sí, cuando quieras, Kurt.

CAPITULO IX

El pelotón de guardias, al mando de un oficial, se detuvo ante la puerta de una casa. El oficial llamó fuertemente.

Un hombre abrió la puerta y le miró de mal talante.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Aquí vive Lisa Dyken. Debe venir con nosotros.

—Ni lo sueñes —contestó Jon Dyken—. Mi hija se queda en casa, con sus padres.

El oficial de la guardia espacial, impasible, sacó un papel y se lo tendió al terrestre.

—Es una orden, firmada por el juez Erdwig, terrestre, como tú —dijo—. Léela.

Dyken cogió el papel, lo rompió en varios trozos y lo tiró a la cara del oficial.

—Esto es lo que hago yo con esa cochina orden —exclamó abruptamente.

Y cerró la puerta de golpe.

El oficial se retiró dos pasos y movió la mano.

—¡Derribad la puerta!

Los cuatro soldados cargaron contra la puerta y la hicieron saltar con tremendo estrépito. Entonces, vieron a Dyken en el fondo de la estancia, con un objeto extraño en las manos.

Era una especie de bastón cilíndrico, hecho de metal, del que brotó una llamarada, acompañada de una estruendosa detonación. El fusil disparó repetidas veces.

—¡Malditos, malditos...! —gritaba el enfurecido terrestre—. No os llevaréis a mi hija...

Y seguía disparando y derribando soldados. El oficial entró y recibió

un proyectil en pleno pecho. Antes de caer, Dyken hizo otro disparo.

Entonces, Dyken, atónito, observó que no salía sangre de los agujeros abiertos por las balas, sino humo en tenues columnitas, pero perfectamente visibles, sin embargo. Y, en un segundo, lo comprendió todo.

Algo estalló en el interior de su mente, haciéndole perder el equilibrio psíquico. Recargó el fusil nuevamente y se precipitó a la calle, aullando gritos que atrajeron la atención de los visitantes.

— ¡Son robots! ¡Los invasores no son humanos, son robots! ¡Robots, robots...!

De pronto, divisó a un par de guardias y la emprendió a tiros con ellos. Los robots cayeron, arrojando humo por los agujeros de los proyectiles.

Dyken continuó su frenética carrera, sin que nadie se atreviera a detenerle, ni siquiera los policías nativos. Pero, de pronto, apareció un aeromóvil de color oscuro y se situó sobre el terrestre.

Un rayo de luz deslumbradora partió del morro del aparato y alcanzó de lleno a Dyken, cuyo cuerpo se convirtió al instante en una silueta incandescente. Mientras, las municiones del rifle estallaban con sonoro petardeo.

Unos segundos más tarde, el brillo desapareció y sólo quedó un montoncito de cenizas en el lugar que había ocupado antes un terrestre llamado .Ton Dyken.

* * *

El robot llegó con un cestillo lleno de manzanas y lo dejó encima de la mesa. Luego giró sus talones y volvió fuera, quedándose inmóvil junto a la puerta.

Dell estaba tumbado en la hamaca, con el sombrero encima de los ojos. Los perros dormitaban al lado. La flauta del joven descansaba sobre su regazo.

Ina salió en aquel momento, secándose el pelo con una toalla.

—Despierta, gandul —gritó.

Dell la miró por debajo de su sombrero. '

—Estoy muy cansado —sonrió.

—Claro, ahora tienes quien te haga el trabajo… ¿No te retiraste aquí para huir de una vida sin perspectivas?

—Tienes alma de capataz de esclavos —se quejó el joven—. Todo es bueno en esta vida: trabajo, descanso… y diversión.

—¿Qué diversión? —preguntó la muchacha.

—Esta, por ejemplo.

Dell se apeó de la hamaca y empezó a interpretar con la flauta una alegre melodía. *Tim* y *Dora* se espabilaron en el acto.

La canción era de un ritmo muy vivo. Dell empezó a dar vueltas alrededor del patio. Pasmada se asombro, Ina vio que los perros le seguían, saltando y brincando juguetonamente. Dell le guiñó un ojo y suspendió unos instantes la música.

—Se lo enseñé de pequeños —dijo.

Y siguió tocando.

De repente, el robot, hasta entonces inmóvil, empezó a saltar y a bailar detrás de los perros. Ina lanzó un chillido.

Dell volvió la cabeza, sin dejar de soplar en la flauta. Vio al robot y sonrió, avivando un tono el ritmo de la melodía. Luego hizo un gesto con la mano. Ina se acercó a él y agarró uno de sus brazos, para empezar a saltar lo mismo que los perros y el robot.

Así los encontró momentos después, Ankyll Mahoddyne, que llegaba de improviso y que creyó ser víctima de una pesadilla al contemplar tan singular espectáculo.

—Pero, ¿qué diablos pasa aquí? —dijo en el colmo de la sorpresa.

—Anda, ven, únete a nosotros —incitó la chica alegremente—. ¿No te entran ganas de bailar?

—Los pies se me mueven, en efecto, —sonrió el ingeniero—. Pero, ¿cómo se os ha ocurrido invitar al robot?

—No le hemos invitado; él solo se unió, por su propia y libérrima voluntad, si es que se puede decir eso de un robot.

Mahoddyne movió la cabeza.

—He oído decir muchas cosas de robots, lo mismo terrestres que de otros planetas, pero es la primera vez que oigo hablar de un robot melómano —manifestó—. Kurt, ¿quieres callar de una vez? Tengo noticias.

Dell suspendió la música en el acto. El robot, pillado por sorpresa, quedó con una pierna en alto. Dell sopló una nota más en la flauta y el robot puso el pie en el suelo.

—Magnífico —murmuró para sí—. Ankyll, ¿cuáles son las noticias?

—Primero, traigo el explosivo.

—Estupendo. ¿Más?

—La gente se ha enterado de que son robots.

Ina se puso seria en el acto. Dell frunció el ceño.

—Será mejor que te sientes —dijo—. Voy a traerte una copa de vino fresco.

—No, yo lo haré —se ofreció la chica.

—Muy bien. -Dell arrimó una silla de mimbre a su amigo—. ¿Cómo funciona el explosivo?

—De la manera más sencilla posible —respondió Mahoddyne, a la vez que le enseñaba una cajita oblonga, de color marrón oscuro, en la que se veía sobresalir un vástago de unos dos centímetros de largo por uno de grueso—. Bastará que empujes a fondo —explicó—. La explosión se producirá justamente diez minutos más tarde.

—¿«Eso» son diez gramos de E-01? —se extrañó el joven.

—¡Oh, el explosivo! En realidad, no ocupa más espacio que un dedo meñique. Todo lo demás son los mecanismos de ignición.

—Muy bien, procuraré buscar la central... aunque no sé cómo lo haré —dijo Dell dubitativamente.

—¿No tienes un uniforme de soldado?

El joven asintió. Ina salía en aquel momento, con una bandeja en las manos.

—Quizá, si Azelia estuviese en su palacio, podría indicarnos dónde está la central —dijo, mientras llenaba las copas.

—No podemos fiarnos aún de ella, ni sabemos si el cazador logrará conquistarla definitivamente —respondió Dell—. Usar el uniforme de la guardia espacial es una buena idea, desde luego. Ahora, Ankyll, cuéntanos, ¿cómo se ha enterado la gente de que los invasores son robots?.

—Enviaron a una patrulla a buscar una chica, para llevársela, como han hecho ya con unas cuarenta y tantas. El padre se resistió. Era aficionado a las armas de fuego antiguas. Tenía un fusil en perfectas condiciones de uso y destruyó a balazos a los cuatro componentes de la patrulla. Luego pareció enloquecer y salió gritando a la calle y disparando contra todo el robot que se le ponía a tiro. Al fin, un aeromóvil procedente de Azelia le disparó una descarga, no sé si clasificarla de desintegradora o simplemente fundente... pero el caso es que quedó reducido a un puñetazo de cenizas.

Después del relato de Mahoddyne hubo un instante de silencio. Luego, Dell movió la cabeza.

—¿Temes alguna rebelión en masa, Ankyll? —inquirió.

—Muy posiblemente —contestó el ingeniero—. Y si eso sucede, el número de muertes... Bueno, es algo en lo que no me gusta pensar. Sería un cataclismo, Kurt.

Dell se quedó nuevamente pensativo.

—No hay solución —murmuró al cabo—. Es preciso destruir la central, sea como sea —apuró su copa y se puso en pie—. Voy a cambiarme de ropa —añadió.

Entró en la casa y salió minutos más tarde, ataviado con el equipo completo de un soldado de la guardia, incluyendo la antena del casco. Miró a sus amigos y sonrió.

—Deseadme suerte —dijo.

Ina tomó una de sus manos.

—Si lo ves muy difícil, no lo intentes —aconsejó.

—Procura por tu pellejo, sobre todo —dijo Mahoddyne.

—Gracias —Dell hizo una mueca—. Sí, por lo menos, supiera dónde encontrar a Shattoo y Azelia... —Lanzó un suspiro—. Pero tal como se han puesto las cosas, lo mejor será olvidarnos de esa pareja y contar sólo con nuestros propios medios.

* * *

—¿Qué opinas de esta vida? —preguntó Shattoo, lánguidamente recostado sobre el césped, a la sombra de un frondoso árbol—. Acostumbrada a toda clase de lujos, debes sentirte ya muy incómoda, ¿no es así? Los primeros días, pueden pasar, pero, después...

Sentada sobre sus talones, Azelia le miró fijamente.

—Te equivocas, Orris —contestó—. Estoy más habituada a vivir al aire libre que en lujosos palacios.

—No me digas —sonrió el cazador.

—Ya lo has oído. Yo no nací en un fastuoso palacio, ni en sábanas de seda ni mis padres fueron emperadores. Hubo un tiempo en que era una simple criatura de la selva, una salvaje que vivía poco menos que para sobrevivir.

Shattoo se sentó/

—¿Hablas en serio? —preguntó.

—¿Quieres conocer la historia de mi vida?

—Te lo agradecería.

Azelia empezó a hablar. Su relato duró más de media hora. Cuando terminó, Shattoo se sentía estupefacto.

—Es increíble...

—Es la pura verdad —afirmó ella.

—Entonces, te capturaron...

—Hace quince años. Durante trece más, me sometieron a un severo régimen educativo. Luego, un buen día, me trajeron aquí.

—Y te obligaron a tomar un amante.

—Eso es. Uno tras otro, sería más exacto.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué objeto tiene eso que me has contado?

—No lo sé. Ellos no han querido declarar jamás por completo sus propósitos.

—Pero te consideran emperatriz. Obedecen tus órdenes.

Azelia sonrió de un modo extraño.

—¿Tú crees? —contestó.

Shattoo se atusó una de las guías de su frondoso mostacho.

—¿Qué ha sucedido realmente con tus amantes? ¿Los asesinaron?

—Por lo que he podido saber, no. Pero están en algún sitio que me resulta desconocido.

—Sometidos tal vez a bestiales experimentos.

—Lo ignoro, Orris.

Shattoo se puso en pie de un salto.

—Azelia, vamos a solventar de una vez por todas esta condenada situación —dijo—. Si hay algo que odie en este mundo, son las ambigüedades.

—¿Qué pretendes hacer? —preguntó la joven.

—Vamos a volver inmediatamente a tu palacio. Allí, lo quiera o no, ese bastardo de Trim nos contará el resto de la historia.

—Orris, puede resultar peligroso...

El cazador rió desdeñosamente.

—Esos robots no saben aún de qué es capaz un verdadero terrestre —exclamó—. Claro, sólo han tratado con tipos blandengues, muñecos de carne y hueso sin iniciativa... Vamos, levántate —insistió, a la vez que le tendía una mano.

Azelia obedeció. Cerca del lugar en que se hallaba, tenían una aeromoto, que utilizaban solamente para desplazamientos de cierta envergadura y sólo porque Shattoo no contaba con sus acémilas.

Estaban a menos de cien kilómetros de Nova Urbis y, sin prisa, podían llegar en poco más de una hora. De pronto, cuando ya se disponían a cabalgar sobre el vehículo, Shattoo pareció recordar algo y se volvió hacia la joven.

—Azelia, tu ciudadela fue construida por los esclavos —dijo—. ¿Qué fue de ellos, una vez terminada su tarea? ¿Los asesinaron?

— ¡Oh, no! Simplemente, los enviaron a las fábricas transformadoras.

—¿Cómo? ¿Qué transforman esas fábricas? ¿Acaso obtienen alimentos a partir de los organismos humanos?

Ella se echó a reír.

—¡Tonto! Eran robots también —contestó.

Shattoo se quedó parado.

—¡Fantástico! —dijo—. Unas máquinas que tienen como esclavas a otras máquinas... ¡Pero ahora quieren esclavizar a los humanos!

Miró a Azelia. Ella confirmó sus sospechas con lentos movimientos de cabeza.

—Sí, eso es lo que quieren —dijo.

CAPÍTULO X

El interior de la ciudadela era un mareante conjunto de edificaciones, en el que resultaba muy fácil perderse. Dell entró sin dificultad y dejó su aeromoto en un lugar donde había otras muchas y que supuso estaba destinado a estacionamiento. Luego, irresoluto, se preguntó dónde podría hallarse la central general.

Por suerte para él, el palacio de Azelia estaba situado en la cumbre de una loma que dominaba la ciudadela y hacia él! encaminó sus pasos. Quizá allí encontraría la solución a sus problemas.

Nadie le formuló la menor pregunta ni le dio ninguna orden. A pesar de todo, y por precaución, canino con paso rápido y decidido, como si estuviese desempeñando alguna misión. Al llegar a las inmediaciones del palacio, decidió contornearlo, para llegar a la explanada posterior, en cuya piscina había caído aparatosamente semanas antes. De pronto, vio llegar por los aires una aeromoto,

ocupada por dos personas.

Shattoo tripulaba el aparato. Azelia iba detrás, abrazada al fuerte torso del cazador. Dell adivinó que iban a aterrizar cerca de una de las entradas y procuró situarse en las inmediaciones.

No obstante, había allí dos guardias, ambos armados con aquellos extraños fusiles que disparaban cabos adhesivos. Dell se acercó a uno de ellos.

—Te relevo. Puedes marcharte —dijo inexpresivamente.

El robot le entregó su fusil. Dell adoptó una postura rígida. Shattoo y Azelia desmontaban en aquel momento. Inmediatamente, se encaminaron hacia la entrada.

Cuando se disponían a cruzar el umbral, Shattoo reparó en uno de los centinelas. Dell le guiñó rápidamente el ojo y el cazador, comprendiendo, retuvo a tiempo la exclamación que se disponía a lanzar.

Shattoo se inclinó hacia la joven y le dijo algo al oído. Azelia se estremeció primero y asintió después.

—Puedes marcharte —se dirigió al otro centinela—. No te necesito en este lugar.

—Sí, majestad.

El robot se marchó.

—Sígueme —ordenó Azelia.

Dell contestó afirmativamente. Entró en el palacio, siguiendo a la pareja, que se encaminó inmediatamente a las habitaciones privadas de la joven. Cuando llegaban a la puerta, un robot corrió hacia ellos.

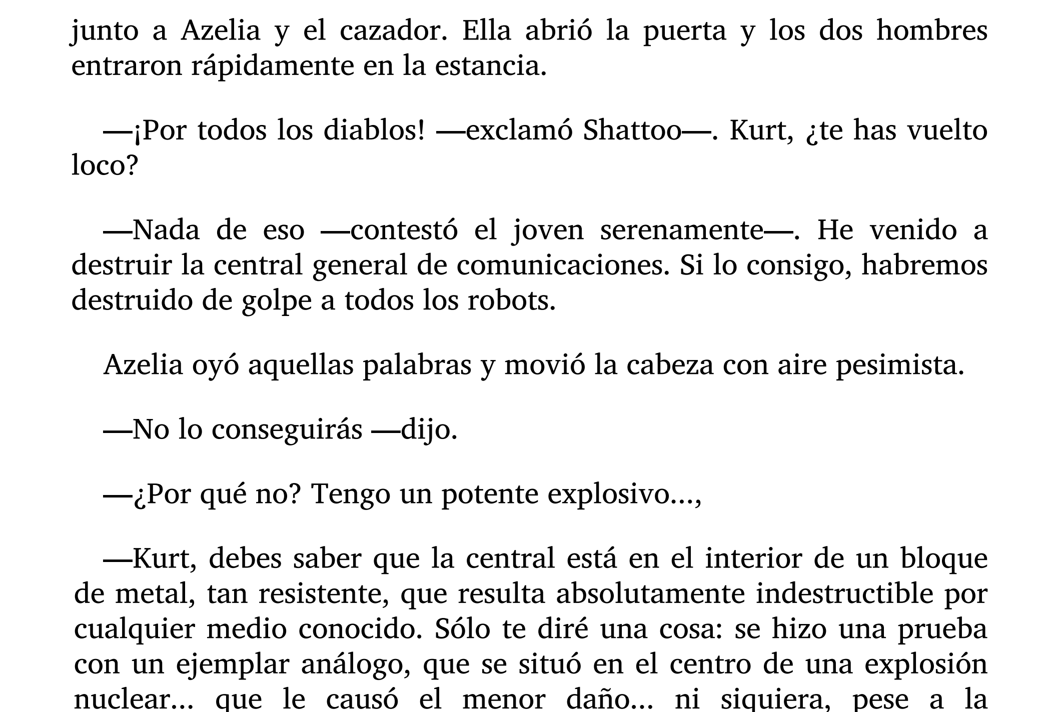
—Majestad, has vuelto...

Azelia sonrió.

—He dado por terminada mi excursión, Likkod —dijo—. Por favor, llama inmediatamente al mariscal Trim. Deseo hablar con él.

—Sí, señora.

Likkod se alejó sin hacer ninguna pregunta al soldado que estaba



junto a Azelia y el cazador. Ella abrió la puerta y los dos hombres entraron rápidamente en la estancia.

—¡Por todos los diablos! —exclamó Shattoo—. Kurt, ¿te has vuelto loco?

—Nada de eso —contestó el joven serenamente—. He venido a destruir la central general de comunicaciones. Si lo consigo, habremos destruido de golpe a todos los robots.

Azelia oyó aquellas palabras y movió la cabeza con aire pesimista.

—No lo conseguirás —dijo.

—¿Por qué no? Tengo un potente explosivo...,

—Kurt, debes saber que la central está en el interior de un bloque de metal, tan resistente, que resulta absolutamente indestructible por cualquier medio conocido. Sólo te diré una cosa: se hizo una prueba con un ejemplar análogo, que se situó en el centro de una explosión nuclear... que le causó el menor daño... ni siquiera, pese a la temperatura, consiguió fundirlo.

Dell se sintió abrumado.

—Entonces, mis diez gramos de E-01 no sirven para nada —dijo.

Shattoo le puso una mano en el hombro.

—Hay otros medios —dijo, persuasivo.

Dell miró sucesivamente a la pareja.

—Orris...

—Ella está de nuestro lado —respondió Shattoo—. Pero vamos a tropezar con muchas dificultades, créeme.

En aquel instante llamaron a la puerta. Azelia hizo un gesto con la mano.

—Kurt, escóndete en el baño —ordenó.

Dell echó a correr de inmediato. Shattoo se sentó en un diván, con aire desinteresado.

—Pasa, mariscal —ordenó ella.

Trim penetró en la estancia y se inclinó.

—Me habías llamado, señora —dijo.

—En efecto. Deseo que me informes de una cosa que he ignorado hasta ahora —manifestó Azelia.

—Soy tu servidor, majestad. ¿De qué se trata?

—En primer lugar, ¿qué ha sido de mis amantes?

Trim pareció desconcertarse al escuchar aquellas palabras.

—Pues...

—Vamos, habla —le apremió la joven—. Deseo saber qué les sucedió, mariscal.

—Si tanto te interesa su suerte, puedes sentirte tranquila. Todos se encuentran perfectamente bien.

—De acuerdo, pero están encerrados.

—No había otro remedio, señora.

—¿Por qué?

—Permíteme, pero éste es un asunto que no debe preocupar a tu mente. ¿Ha resultado satisfactorio el terrestre que te acompaña?

Shattoo soltó una risita.

—Ha pasado ya una semana y ella no tiene intenciones de echarme de su lado —contestó.

—Todavía es pronto —dijo Trim.

—¿Para qué? —quiso saber el cazador.

—Ella debe tener un hijo.

—Eso ya lo sabemos —exclamó Azelia—. Estábamos hablando de los prisioneros.

—Y de las chicas que raptan tus soldados —añadió Shattoo.

—Están con los prisioneros —declaró el mariscal.

—Muy bien —dijo Azelia—. Eso se ha acabado ya. Ordena que sean puestos en libertad inmediatamente.

Entre las palabras de la joven y la respuesta del mariscal hubo un espacio de medio segundo. Shattoo se dio cuenta de que Trim parecía considerar la situación.

Finalmente, Trim dijo:

—No.

* * *

Desde su escondite y a través de la puerta entreabierta, Dell podía escuchar perfectamente la conversación que se desarrollaba en la cámara. El negativo monosílabo de Trim le hizo ver en el acto que la situación no iba a mejorar precisamente.

Azelia se encrespó.

—Mariscal, te ordeno…

—No te molestes —cortó fríamente—. Los prisioneros seguirán donde están y mis médicos continuarán sus investigaciones.

Shattoo sintió que se le helaba la sangre en las venas.

—¿Qué diablos estáis haciendo con ellos? —gritó, a la vez que se ponía en pie de un salto.

Azelia extendió una mano.

—Aguarda un momento, Orris. Trim ha dicho «mis» médicos. ¿No será más correcto decir los míos?

—Señora, ¿es que no te has dado cuenta de cuál es tu situación? —preguntó Trim.

Dell lo comprendió todo en un instante. Azelia no era sino la figura decorativa que los robots necesitaban para justificar sus propósitos. Nunca había sido algo más y sus órdenes habían sido acatadas únicamente en cuanto coincidían con los deseos de Trim y los demás miembros de la guardia espacial.

«Pero ¿por qué? —se preguntó—, ¿No podían haber creado una reina mecánica, que les habría dado el mismo resultado?»

—Soy tu prisionera —dijo Azelia.

—No, porque puedes ir y venir donde gustes, sin limitación alguna.

—Y mientras tanto, tú sigues gobernando a tu antojo —terció el cazador.

Trim le dirigió una larga mirada.

—¿No te sientes contento con tu suerte? —preguntó, irónico.

—¿Durará mucho?

—Todo lo que tú quieras y ella desee.

—Eso no es suficiente, mariscal. Exijo una obediencia absoluta —exclamó Azelia—, ¿O no fue eso lo que me prometiste al iniciar mi educación?

—Salvo cuando tus deseos pudieran entrar en contradicción con nuestros proyectos.

—Eso nunca lo mencionaste, pero es que no sé aún cuáles son esos proyectos.

—Necesitamos más seres humanos —contestó Trim.

—¿Para qué? —sonrió el mariscal.

Dell se quedó helado al oír aquella respuesta. Lo que Trim y los suyos querían era sencillamente, esclavos.

Los humanos actuales podían rebelarse, pero eso no sucedería con los niños que pudieran nacer en lo sucesivo y a quienes los robots educarían de un modo muy peculiar.

Era un plan infernal, se dijo. Y lo peor de todo era que, sin destruir la central general de transmisiones, no veía cómo podía evitarlo.

De súbito, Shattoo, perdidos los estribos, se arrojó contra el mariscal, a la vez que emitía un bramido de cólera. Trim se limitó a tocarle con la mano derecha.

Shattoo aulló y salió rebotado, al recibir una fuerte descarga eléctrica. Rodó por el suelo y se quedó encogido unos momentos, sumido en un nada agradable aturdimiento.

Azelia corrió hacia él y se arrodilló a su lado.

—¿Qué le has hecho? —gritó.

—Ningún humano puede tocar a un robot —contestó Trim orgullosamente—. Si no se hubiese tratado de tu amante, ahora estaría muerto.

Shattoo hizo un esfuerzo y se incorporó en parte, quedando apoyado en un codo.

—Supongo que, encima, debo darte las gracias —dijo, irónico—. Pero aguarda un poco; en cuanto me reponga...

—No lances bravatas —cortó Trim con glacial acento—. Tu próximo ataque tendría consecuencias funestas para ti.

Miró a la joven.

—He cambiado de opinión —añadió—. A partir de este momento, sois mis prisioneros y no podréis salir del palacio, si no es con una fuerte escolta.

Se acercó a la pared y tocó un timbre. Un oficial entró inmediatamente.

—Señor...

—Su majestad y el terrestre deben ser constantemente vigilados. No se les permitirá salir del palacio sin que yo lo sepa. Entonces, daré mi permiso... o no lo daré.

—Sí señor. Pero...

Trim se impacientó.

—¿Qué sucede, capitán?

El oficial dijo algo en voz baja. Trim levantó las cejas y se acercó de nuevo a la pared, para presionar una tecla y conseguir que una enorme pantalla de televisión se encendiera instantáneamente.

Shattoo y Azelia volvieron la vista hacia la pantalla. Un torrente de imágenes y sonidos penetró en la cámara. Dell no pudo contemplar las imágenes, pero sí oyó los gritos de toda índole que emitían los sublevados.

A través de la pantalla se podían ver centenares de terrestres luchando ferozmente con los robots, quienes en vano trataban de utilizar sus fusiles lanzacabos. La escena sucedía en la plaza central de Nova Urbis y reinaba una confusión absoluta.

Había cuerpos tendidos por todas partes, muchos de los cuales arrojaban humo por diversos agujeros abiertos en sus cuerpos artificiales. Otros eran cuerpos humanos y dejaban escapar sangre por sus heridas.

De repente, varios aeromóviles aparecieron en la pantalla. Inmediatamente, empezaron a lanzar sus descargas luminosas.

Los sublevados chillaron horriblemente al ver los primeros que se convertían en ascuas vivas y luego en cenizas. El terror y el pánico se apoderaron de los que unos momentos antes se habían mostrado furiosamente valerosos.

La represión fue implacable. Los pilotos de los aeromóviles lanzaban descarga tras descarga, abrasando vivos a los que elegían como blanco de sus poderosos proyectores. En pocos minutos, la plaza quedó completamente desierta.

Sólo se veían cuerpos inanimados, de humanos y de robots. Pero ya no se divisaba una sola persona viva en todo el ámbito de la enorme explanada.

Shattoo contempló la escena, lleno de consternación. Azelia temblaba convulsivamente de pies a cabeza.

Cuando la rebelión hubo sido aplastada, Trim, enormemente satisfecho, se volvió hacia la pareja.

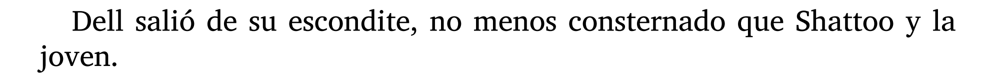
—A partir de ahora, nosotros, los robots, somos los amos de la Tierra —exclamó con infinito orgullo—. Y tú, Azelia, puedes elegir entre dos opciones: continuar en tu puesto, siendo emperatriz nominalmente... o acabar convertida en cenizas, con tu amante.

—Quiere seguir viviendo —exclamó Shattoo rápidamente—, Como yo, claro.

Trim se inclinó.

—En tal caso... Majestad, con tu permiso, me reclaman asuntos urgentes de gobierno —dijo, a la vez que emprendía, una discreta retirada.

CAPITULO XI



Dell salió de su escondite, no menos consternado que Shattoo y la joven.

—Las cosas se han complicado —dijo.

—Sí —convino el cazador—. Al fin, se han quitado la careta.

—No podemos hacer nada —exclamó Azelia desalentadoramente.

—Aún no hemos perdido la partida —dijo Dell, animoso—. Yo me vuelvo a la granja. Mahoddyne está allí. Entre los dos estudiaremos algo que nos permita solucionar la situación.

—Crees que conseguirás algo? —preguntó ella ansiosamente.

—Al menos, lo intentaremos. Orris, por el momento, debéis comportaros con absoluta normalidad., si es que se puede hablar de normalidad en una situación como ésta.

—De acuerdo —contestó Shattoo.

—Derrotar a los robots va a ser cuestión de astucia, más que de fuerza —continuó Dell—, Pero hay algo que no entiendo…

—¿Qué es? —preguntó Azelia.

—Dejando de lado a los prisioneros de ambos sexos, con los cuales deben de estar realizando infernales experimentos, ¿por qué tanto empeño en que tengas un hijo? ¿Qué más da que lo tengas tú que cualquier mujer terrestre?

—Sólo hay una respuesta —dijo la joven—. Trim me habló hace tiempo y declaró que hace ya tres siglos que fueron construidos, por los habitantes de un planeta, cuya superficie quedó arrasada a consecuencia de una atroz conflagración bélica.

—Lo mismo que pasó en la Tierra el siglo XXI. Apenas si quedaron algunos millares de seres vivientes, de los cuales descendemos nosotros —contestó Dell.

—Muy bien. Para ellos, los robots, el tiempo no cuenta. Pueden esperar los años que sean precisos. Pero un hijo mío, sería el heredero de la corona y, en el fondo, los robots son muy apegados a las tradiciones, de acuerdo con las instrucciones que recibieron al ser construidos. Han encontrado un planeta habitado, con personas

de carácter débil, y quieren dominarlo, eso es todo.

—Olvidas algo —dijo el joven—. En el fondo, lo que hay es un enorme complejo de inferioridad, que les lleva a mostrarse orgullosos, altaneros y dominadores. En cierto modo, lo que buscan es vengarse de los humanos, aunque nosotros no seamos descendientes de quienes los construyeron. Imagínate, poder darte órdenes a ti, la emperatriz... y por tu mediación, dominar a los demás. ¿Te creerían ahora los terrestres si les dijeras que eres su prisionera?

—Evidentemente, no —contestó Azelia.

—Y ya cuentan con algunos colaboradores, como el juez Erdwig... y más que, traidoramente, se pasarán a sus filas. Pero si los derrotamos, esos colaboradores ya no podrán hacer nada —Dell sonrió—. A ver si ahora conseguimos cambiar también alguna de las leyes terrestres.

Dispuesto a marcharse, se acercó a la puerta.

—¿Cuándo volverás, Kurt? —inquirió Shattoo.

—No lo sé. Tengo que estudiar un plan de ataque con Mahoddyne. Pronto tendréis noticias mías.

* * *

Sentado en una butaca de mimbre, Ankyll Mahoddyne contemplaba la flauta con enorme curiosidad. Ina, muy nerviosa, se paseaba a derecha e izquierda por la veranda de la casa.

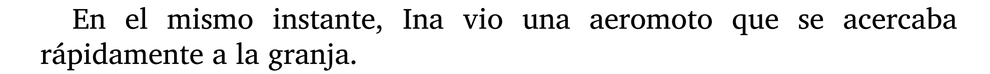
—Esto no parece un brillante y, sin embargo, es muy duro —observó el ingeniero.

Ina detuvo sus paseos.

—¿Qué es, Ankyll?

Mahoddyne señaló la piedra brillante adherida a la flauta como un adorno. De pronto, se llevó el instrumento a los labios y sopló, para emitir unas cuantas notas discordantes.

Los perros, adormilados, se irguieron en el acto. El robot empezó a andar, pero se paró en el acto, apenas dejó de sonar la flauta.


En el mismo instante, Ina vio una aeromoto que se acercaba rápidamente a la granja.

— ¡Kurt! —exclamó.

Mahoddyne se irguió. A los pocos segundos, dijo:

—Siento desengañarte, Ina. Es el profesor .Gstooden.

Gstooden descabalgó segundos más tarde. Ina y el ingeniero vieron que tenía la cara cubierta de sombras.

—Ha ocurrido algo terrible —dijo el recién llegado.

—Espere, voy a traerle un vaso de vino fresco —manifestó la chica.

Gstooden se dejó caer pesadamente sobre una butaca.

—No puedo creerlo… —murmuró, abrumado.

Ina salió y puso una copa en sus manos. Gstooden, a pesar de la repugnancia que sentía hacia el vino, tomó un par de sorbos.

—La gente empezó a atacar a los hombres de la guardia espacial… Se habían enterado de que eran robots… Emplearon todo lo que tenían a su alcance, palos, piedras, algunas armas de fuego… Alguien avisó a la ciudadela y llegaron refuerzos, que abrasaron vivos a cientos de amotinados… —Gstooden cerró los ojos como si no quisiera ver unas imágenes horripilantes'—. Disparaban unas terribles descargas, que primero convertían a los hombres en estatuas de fuego y después en un montoncito de cenizas… La derrota ha sido total y la desesperación reina por todas partes…

Ina y el ingeniero se sentían aterrados. La muchacha, sobre todo, se dio cuenta de que sus aprensiones aumentaban enormemente.

—¿Dónde estará Kurt? —murmuró de modo maquinal.

Gstooden se irguió en su butaca.

—Es cierto, no le he visto —exclamó.

—Fue a la ciudadela, para volar la central general de transmisiones —explicó Mahoddyne—. Llevaba una carga de diez gramos de E-01.

—Pero eso es…

—Profesor, si lo consigue, será como cortarle la cabeza a un hombre. Todos los robots resultarán solamente un montón de chatarra.

—La idea es buena, Ankyll —aprobó Gstooden—. Pero has dicho, «si lo consigue». ¿Es que no hay seguridad de que pueda alcanzar su objetivo?

—Sólo podré contestarle cuando vuelva —dijo Mahoddyne—. Mientras tanto, por favor, ¿puede identificar este mineral?

Le tendió la flauta. Gstooden contempló con curiosidad el trozo de piedra brillante, del tamaño de la uña de su dedo pulgar, situado cerca del final.

—Es cuarzo —exclamó—. Muy duro, por supuesto. Un excelente ejemplar…

Mahoddyne sonrió.

—Entonces, ésa es la solución —dijo.

—¿Cómo? —exclamó Gstooden.

—¡Mirad! —gritó Ina de pronto—. Ese que viene sí es Kurt.

Los dos hombres volvieron la cabeza. Los alegres ladridos de «Tim» y «Dora» confirmaron en el acto la exclamación de la muchacha.

* * *

Dell aceptó la copa de vino que le tendía Ina y bebió un buen trago. Luego dijo:

—No traigo buenas noticias. Azelia es sólo emperatriz nominal. Se lo he oído claramente a Trim que es quien, en realidad, manda sobre todos los robots… y sobre todos los terrestres, naturalmente.

—Lo sé. Yo estaba en el palacio cuando se produjo la sublevación.

—Kurt, perdona que te interrumpa —dijo Mahoddyne—, pero todavía no has mencionado nada del explosivo.

—Es inútil. En un principio, pude pensar que Azelia me engañaba. Luego, cuando supe los propósitos de Trim, me di cuenta de que había dicho la verdad.

—Y, ¿cuál es esa verdad?

—La central es absolutamente invulnerable. Está en el interior de una caja blindada, supongo que de las dimensiones adecuadas, capaz de resistir, no sólo el impacto directo de un explosivo nuclear, sino las altísimas temperaturas que se desarrollan en el momento de la deflagración.

Mahoddyne se quedó con la boca abierta..

- ¡Caramba, debe de ser un metal maravilloso! —exclamó.

—Presumiblemente, así es —dijo Dell—. Aunque, en cierto modo, también hay buenas noticias. Los amantes de Azelia no fueron asesinados. Están vivos, en algún lugar de la ciudadela, junto con las chicas que capturaron los robots estos últimos días.

—¿Para qué? —se extrañó Ina.

—No lo sé. Trim no quiso ser demasiado explícito. Sólo dijo que sus médicos hacían experimentos con ellos.

- ¡Vivisección! —se aterró Gstooden.

—Lo ignoro. En cambio, puedo decir que Trim y los suyos tienen un enorme interés en aumentar la población de la Tierra. Quieren esclavos humanos... y no tienen prisa, porque el tiempo no cuenta para ellos; hace tres siglos que fueron construidos y aún funcionan a la perfección.

Mahoddyne lanzó un penetrante silbido.

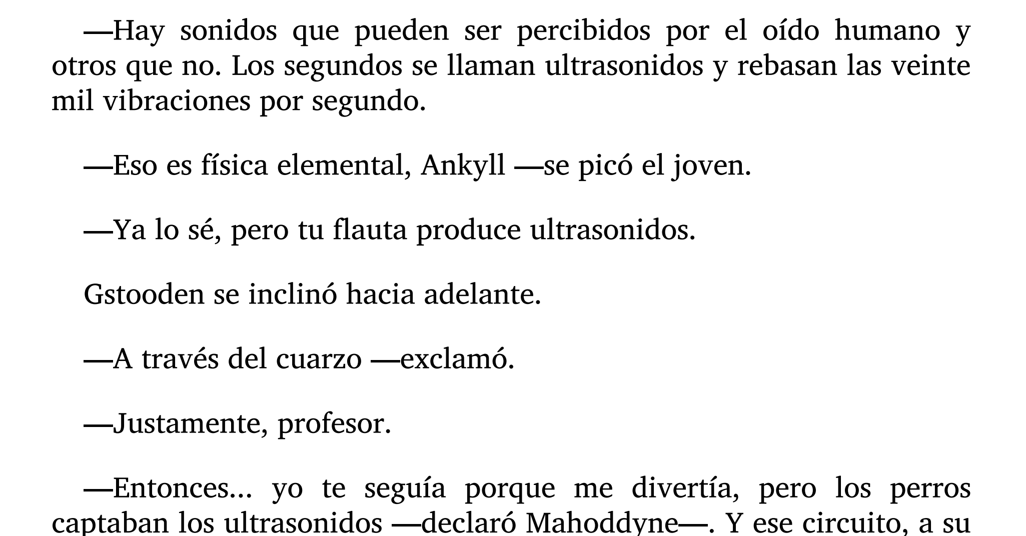
—Eso sí que es una máquina —comentó. De pronto, alargó la flauta hacia su dueño—. Kurt, ¿por qué pusiste aquí esta piedra?

Dell se extrañó de la pregunta.

—Ah, ese trozo de cuarzo... Me lo encontré hace tiempo, arando uno de mis campos. Me gustó; después de limpiarlo, pude darme cuenta de su enorme pureza. Primero lo llevé como un colgante, pero me resultaba incómodo, así que lo adherí a la flauta. No tiene nada de particular, me parece.

—¿No, eh? —dijo Mahoddyne con sorna—. Kurt, has oído hablar alguna vez de los ultrasonidos?

—Sí, claro.



—Hay sonidos que pueden ser percibidos por el oído humano y otros que no. Los segundos se llaman ultrasonidos y rebasan las veinte mil vibraciones por segundo.

—Eso es física elemental, Ankyll —se picó el joven.

—Ya lo sé, pero tu flauta produce ultrasonidos.

Gstooden se inclinó hacia adelante.

—A través del cuarzo —exclamó.

—Justamente, profesor.

—Entonces… yo te seguía porque me divertía, pero los perros captaban los ultrasonidos —declaró Mahoddyne—. Y ese circuito, a su vez, produce una influencia irremisible en el de la obediencia.

Mahoddyne se llevó la flauta a los labios y empezó a soplar, a la vez que se paseaba por delante de la casa. El robot le siguió en el acto.

Dell se sintió deslumbrado al comprender la realidad.

—¡Dios mío, eso podría…!

Mahoddyne le entregó la flauta.

—Yo no sé tocarla, pero tú sí —dijo.

Gstooden levantó una mano.

—Desde la ciudadela a West Bluff hay apenas dos kilómetros —indicó.

Los ojos de Dell chispearon.

—Es cierto —exclamó—. Es el mejor lugar para…

De pronto, sintió que la mano de Ina se crispaba sobre su brazo.

—Kurt, viene alguien —dijo la chica, con voz llena de notas aprensivas.

Dell levantó la vista. Un aeromóvil brillaba en las alturas, a medida que se acercaba a la granja. Inmediatamente, tomó una decisión:

—¡Todos adentro! —exclamó.

CAPITULO XII

El aeromóvil aterrizó frente a la casa. Se abrió la portezuela y sus ocupantes descendieron sucesivamente, uno a uno, hasta situarse ente la veranda.

Eran cinco en total, un terrestre y cuatro robots. Dell y el terrestre se conocían de sobra.

—¿Cómo está, juez? —saludó cortésmente.

—Voy a registrar tu casa —dijo Erdwig.

Dell enarcó las cejas.

—¿He cometido algún delito?

—Estamos buscando a un miembro de la guardia espacial que fue secuestrado. Creo que lo sabes de sobra, Kurt Dell.

—¿Todavía no lo han encontrado? —preguntó el joven irónicamente.

La cara de Erdwig, habitualmente pálida, enrojeció.

—Seguimos buscándolo —contestó, evasivo.

—Y piensas que lo tengo yo.

—Apostaría algo a que es cierto.

Dell contempló un instante al juez. Luego desvió la vista hacia el aeromóvil, en cuya cabina se hallaba el piloto, completamente inmóvil tras los cristales. Se preguntó cono podría solucionar la cuestión. Aunque derrotase a los cinco hombres que tenía frente a sí, el piloto podía elevarse y fulminar la casa y a sus habitantes con sus descargas incandescentes.

—Déjanos entrar —pidió Erdwig, impaciente.

Dell levantó la mano.

—Espera un momento —rogó.

—¿Qué quieres ahora? ¡Te he dado una orden!

—Una orden —repitió el joven pensativamente—. Eso es algo que significa mandato y obediencia, ¿verdad?

—¿Adonde quieres ir a parar?

—Si lo ordenas, ¿te obedecerán los robots?

—¡Pues claro que sí! —contestó el juez—. Obedecen todas mis órdenes.

—¿Estás seguro?

Erdwig miró con desconfianza a su porfiado interlocutor.

—¿Por qué no hablas de una vez con toda claridad? —pidió.

—Diles que lo que hacen es injusto; diles que los terrestres son pacíficos y que quieren vivir tranquilamente. Diles también que su presencia aquí es injusta y oprobiosa, y que lo mejor que pueden hacer es rebelarse contra el mariscal Trim. ¿Te obedecerán?

—Es que no pienso decirles nada semejante —gritó Erdwig, descompuesto por la ira.

—Porque sabes que no te obedecerían. Sólo cumplirán tus órdenes, en tanto estén acordes con los deseos de Trim.

Hubo un momento de silencio. Con el rabillo del ojo, Dell, súbitamente, captó un movimiento al otro lado del aeromóvil.

Entonces, una vez más, sonó la voz chillona de Erdwig:

—¡Apártate de la entrada o lo haremos nosotros a viva fuerza!

—Muy bien, puesto que lo has querido…

Dell retrocedió unos pasos y se situó bajo el dintel. Súbitamente, alargó el brazo derecho y sacó a relucir la escopeta de caza que había tenido escondida hasta aquel momento.

Era un arma repetidora y en menos de cuatro segundos, envió otras tantas descargas de postas a los robots, destrozándoles literalmente el pecho. Erdwig, helado de espanto, ni siquiera supo echarse al suelo, completamente inmóvil por el pánico.

Los robots yacían en el suelo, sin haber podido utilizar sus fusiles lanzacabos, arrojando tenues columnitas de humo por los orificios causados por las postas. Dell miró al juez,

cuyo rostro chorreaba sudor, y sonrió maliciosamente.

En aquel momento, Ina saltó al suelo y agitó una mano.

—El piloto está fuera de combate —anunció.

—Bravo, muchacha —elogió Dell.

Gstooden y Mahoddyne asomaron por la puerta. Erdwig se puso lívido.

—¿Qué vais a hacer conmigo? —preguntó.

Dell movió la escopeta.

—A veces, suelo ir de caza —dijo—. En ocasiones, necesito espantar las alimañas que tratan de saquear mis corrales. Hasta ahora, sin embargo, no había tenido ocasión de utilizarla contra alimañas de dos patas.

—Podrías haber utilizado la flauta, Kurt —apuntó Mahoddyne.

—Es prematuro y, en algún momento, debería descansar —contestó el joven—. ¿Qué hacemos con el traidor?

—Lo mejor será encerrarlo —sugirió Gstooden—, Cuando hayamos terminado, se le someterá a proceso.

—Por favor… —rogó Erdwig, completamente acobardado.

Mahoddyne saltó hacia él y le hizo avanzar a empellones hacia la casa.

—Kurt, ¿hay algún sitio adecuado para este pajarraco?

—En el sótano —contestó Dell.

Ina se acercó en aquel momento.

—Pasé un poco de miedo —confesó.

—¿Por qué? —quiso saber el joven.

—El primer golpe apenas le hizo efectos. Tuve que darle unos cuantos martillazos más. Entonces, «murió».

—Es un robot. La frase adecuada es: «Se paró» —corrigió Dell sonriendo.

—Sí, se paró —convino ella—. ¿Y ahora?

Dell lanzó una mirada hacia el aeromóvil.

—Lo cubriremos con ramas —dijo—. Luego… yo iré a Nova Urbis. Pero necesito tu colaboración.

—Haré lo que me digas, Kurt —contestó la chica. Mahoddyne llegó en aquel momento.

—El pájaro está en la jaula —anunció.

,—Muy bien. Yo voy a mi cuarto a cambiarme de ropa. Ankyll, es preciso cubrir el aeromóvil con ramas.

—Descuida. ¿Profesor?

—Sí, vamos a ello —accedió Gstooden.

* * *

En Nova Urbis reinaba un silencio espeso, opresivo. Las pocas personas que circulaban por la calle se movían con temerosa rapidez, ansiosas de llegar cuanto antes a su destino. Los soldados vestidos de negro abundaban por todas partes, especialmente en las esquinas y en las encrucijadas de las calles.

De repente, aquel silencio fue roto por un extraño sonido, agudo y melodioso al mismo tiempo. Un hombre, cuya cabeza aparecía tocada con un sombrero de fibra, avanzó hacia el centro., con una flauta en las manos.

Dell caminó tranquilamente, interpretando una alegre melodía que se sabía de memoria. Durante los primeros doscientos metros, no ocurrió nada.

La gente se asomaba a los balcones, preguntándose quién podía ser aquel loco que tenía ganas de divertirse, en horas que eran de luto general.

Súbitamente, uno de los guardias echó a andar detrás del joven.

Otro le siguió a los pocos instantes. Y otro y otro…

Un cuarto de hora más tarde, eran mil robots los que caminaban en densas filas detrás de Dell. Nadie acertaba a comprender lo que sucedía.

De pronto, un terrestre quiso abalanzarse sobre los robots que iban en último lugar. Una mano le contuvo en el acto.

Mahoddyne miró severamente al colérico individuo.

—Déjalos, no los toques —ordenó—. Están derrotados.

De todas partes acudían robots, que engrosaban continuamente la columna. Y, a la cabeza, Dell seguía tocando incansablemente su flauta.

* * *

Shattoo se pasó una mano por la barbilla.

—Y sin noticias todavía —masculló.

—¿No confías en tu amigo? —preguntó Azelia, sentada en el borde de la cama, con las manos sobre el regazo.

—Sí, pero… me gustaría saber qué ha sido de él…

Bruscamente, Shattoo vio algo a través de la ventana que le hizo lanzar una exclamación de asombro.

—Pero ¿qué diablos pasa ahí?

Azelia se levantó y corrió hacia la ventana.

—¿Adónde van esos soldados? —gritó.

Cientos y cientos de robots abandonaban sus tareas, saliendo de todos los edificios de la ciudadela y encaminándose hacia la salida. A Shattoo le pareció que se entregaban a una fuga en masa…, pero ¿por qué caminaban con paso relativamente mesurado en lugar de correr a toda velocidad?

En aquel instante, el débil sonido de una flauta llegó hasta sus tímpanos.

—Parece Dell…

De pronto, agarró la mano de Azelia y corrió hacia la puerta.

—Yen, vamos —exclamó.

Salieron de la habitación. Un poco más adelante, oyeron una voz de tonos descompuestos:

—¡Alto a todos! ¡Ordeno que todo el mundo regrese inmediatamente a sus cuarteles! ¡Soy el mariscal Trim, comandante en jefe! ¡Regresad, regresad!

Shattoo se asomó. Allí, delante de una consola de mandos, frente a una enorme pantalla de televisión, se hallaba Trim, loco de ira por la deserción en masa que presenciaba sin poder evitarlo.

El cazador se dio cuenta de un detalle: la ventana estaba cerrada y ello dificultaba considerablemente la llegada de los sonidos de la flauta. Entonces, agarró una pesada silla y la arrojó con todas sus fuerzas hacia la ventana.

Los cristales saltaron en mil pedazos. Inmediatamente, Trim se puso rígido, dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta.

Shattoo agarró a Azelia por la cintura y la apartó a un lado. Trim pasó por delante de ellos, sin verles siquiera.

—Vamos —dijo el cazador—. Aquí ocurre algo y quiero saber qué es lo que pasa.

Miles y miles de robots formaban ya una enorme columna, a la cabeza de la cual marchaba Dell, tocando sin descansar. Shattoo se dio cuenta inmediatamente de la dirección que seguía el joven.

—¡Esto es fantástico! —exclamó.

Con las manos juntas, corrieron hasta situarse a poca distancia del joven. Dell volvió la cabeza un instante y sonrió, sin dejar de emitir su melodía. Shattoo giró un momento y contempló pasmado la enorme multitud de robots que caminaban silenciosa y maquinalmente detrás del joven.

—Ni uno solo se va a salvar —murmuró.

Media hora más tarde, Dell llegó a West Bluff.

El océano se extendía a lo lejos, tranquilo e infinito. La meseta terminaba en unos acantilados cortados a pico, cuyo borde distaba de la superficie del mar algo más de cien metros.

De pronto, Shattoo vio que el joven, sin dejar de tocar la flauta, saltaba al vacío.

— ¡No, eso no, maldito loco! —aulló.

Azelia sintió que perdía la respiración. Shattoo corrió hacia el acantilado y se asomó. Inmediatamente, lanzó una estruendosa carcajada.

Una aeromoto, tripulada por Ina, llevaba a Dell como pasajero. El aparato descendió hasta llegar a pocos metros de las olas y se alejó cosa de cien pasos, para virar en redondo y quedar frente al acantilado.

El primer robot se lanzó sin vacilar al espacio.

Chocó contra el agua y se produjeron algunos chispazos. Otro robot y otro y otro... todos, irremisiblemente, caían en el vacío y se hundían en el mar. Espesas filas llegaban a), borde y saltaban sin vacilar.

Shattoo distinguió a Trim. El mariscal conservaba todavía un resto de inteligencia. Por la expresión de su rostro, se dio cuenta de que se sentía devorado por una furia indescriptible, pero que, al mismo tiempo, resultaba impotente para resistir al mandato de los ultrasonidos.

Una hora más tarde, ya no quedaba un solo robot a la vista.

Entonces, Dell se quitó la flauta de los labios.

—Me dan ganas de tirarla —exclamó—. A partir de ahora, voy a aprender a tocar un instrumento menos portátil.

—Guárdala como recuerdo de tu victoria —aconsejó Ina—. Pero creo que tienes razón. Te conviene aprender a tocar otro instrumento un poco más pesado, como por ejemplo... ¿cuál, Kurt?

—El órgano.

Ina lanzó una alegre carcajada. De pronto, divisó dos figuritas en el borde del acantilado y extendió con la mano.

—Vamos a reunimos con ellos —dijo, a la vez que pisaba el

acelerador.

La aeromoto se posó en tierra. Al oír los ladridos de los perros, Ina salió a la puerta de la casa.

—Kurt…

Dell se apeó.

—Traigo noticias —dijo.

—Buenas noticias, supongo.

—Sí, desde luego.

—Entra en casa. Tengo café caliente.

Dell hizo unas caricias a los perros. Luego entró y se dirigió a la cocina.

—Ankyll está haciendo la «autopsia» al único robot que quedó vivo, si se puede definir de esta forma —dijo, mientras removía el azúcar con una cucharilla—. Quiere encontrar a toda costa el circuito que resultaba influenciado por los ultrasonidos.

—Lo conseguirá —vaticinó la chica—. ¿Qué más?

>—Gstooden ha propuesto un cambio de gobierno, a fin de que se promulguen unas leyes menos restrictivas. La idea parece marchar por buen camino.

—Eso resulta muy confortador. ¿Qué más?

—Los prisioneros. Todos están bien. Simplemente, trataban de experimentar con ellos nuevas técnicas de procreación. Habían obtenido un éxito con Azelia y querían ampliarlo.

—Azelia no había concebido un hijo en todo el tiempo que estuvo aquí —exclamó Ina, sorprendida.

—Por eso empezaron a secuestrar a las jóvenes, para aparearlas con los prisioneros. Respecto a Azelia, sí habían conseguido un éxito, no Io dudes en absoluto. Recuerda, tenía diez años cuando la raptaron. Vivía en un planeta absolutamente salvaje. Sus habitantes estaban en una época muy parecida a la Edad de Piedra terrestre. Fíjate qué resultado les dio el procedimiento de educación empleado con ella.

—Eso sí es cierto —convino la joven—. ¿Dónde está ahora?

—¡Oh!, se marchó con Shattoo. Han emprendido una expedición para cazar pieles. Pero un día...

—Un día, ¿qué?

Dell sonrió.

—Ella empezará a atarle corto. Querrá establecerse en un sitio fijo. Ahora le gusta la vida errabunda y de absoluta libertad. No creo que tarden mucho en fundar un hogar. Quizá vuelvan antes de dos meses.

—¿Por qué lo dices, Kurt?

—Azelia ha recibido noticias... lunares.

Ina palmeó jubilosamente.

— ¡Va a tener un niño!

—Sí, y no será un superhombre, como pretendían los robots. Será, simplemente, un terrestre.

Dell miró a la muchacha y sonrió.

—Como tú y como yo —agregó.

Puso las manos en sus hombros y la atrajo hacia sí.

—¿Te gusta la vida de granjera? —preguntó.

Los ojos de la chica brillaron, resplandecientes.

—Me encanta —respondió.

Dell la atrajo hacia su pecho.

—¡Ah!, he traído conmigo un libro. Habla de un tipo que tocaba la flauta en una ciudad llamada Hamelin, que estaba llena de ratas, y que se las llevó detrás de sí...

De pronto, se oyó fuera una voz:

—¡Eh!, ¿dónde dejamos esto?

Dell y la joven corrieron hacia la ventana. Varios individuos

estaban al pie de un aeromóvil de carga, esperando órdenes.

—Ahora saldré para indicarles el emplazamiento, amigos —dijo Dell.

—Kurt, ¿qué es lo que traen? —preguntó Ina, completamente intrigada.

Dell se volvió hacia ella y sonrió de un modo peculiar.

—Un órgano —contestó.

FIN